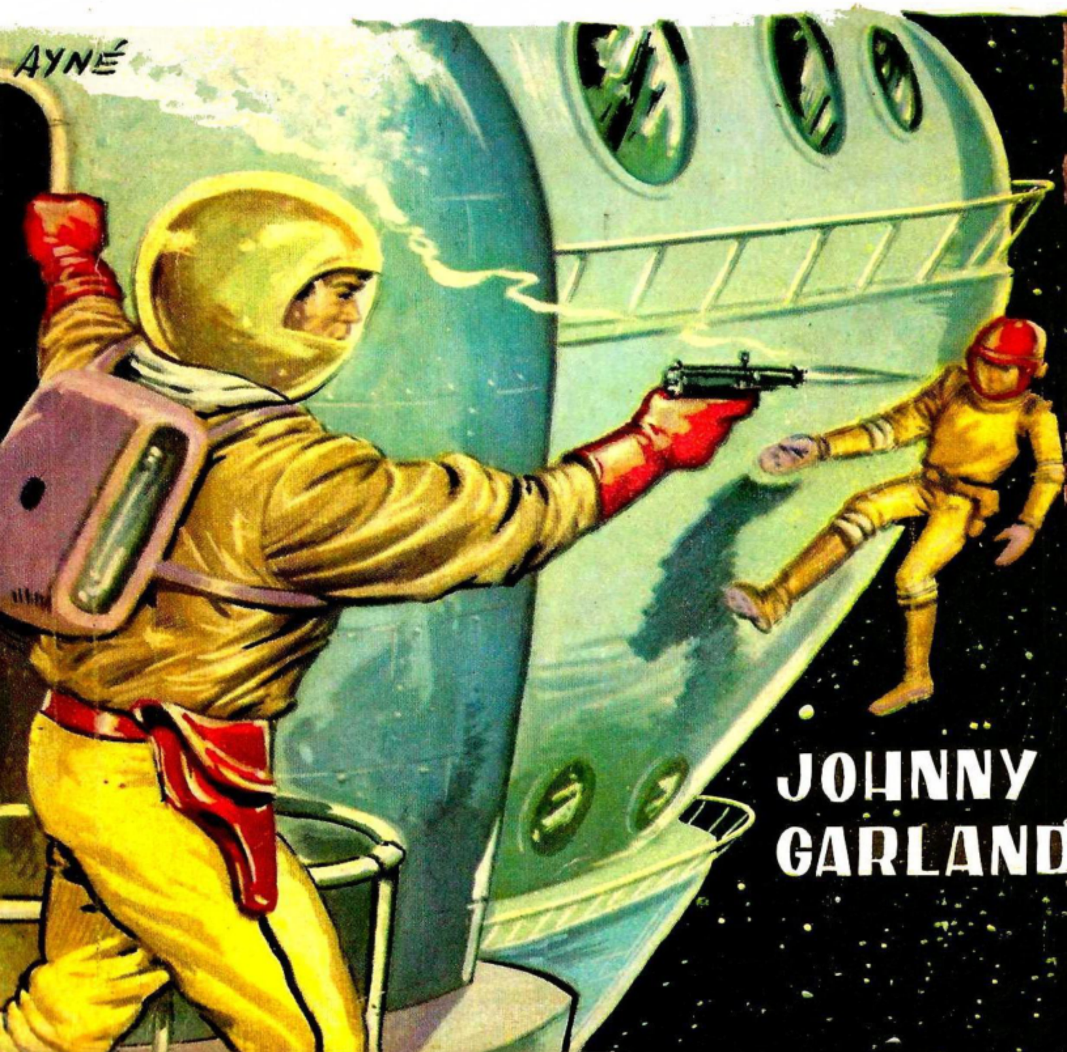
S.I.P.

SPACIAL INTERNATIONAI POLICE

CON LA MUERTE EN ÓRBITA



CON LA MUERTE EN ÓRBITA



Con la muerte en órbita

Por

Johnny Garland



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
B A R C E L O N A

Depósito legal B. 16.575 - 1961
Número de Registro: 4.829 - 61

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona

PRÓLOGO

Los nudillos golpearon en la puerta de plástico blanco. Una luz roja se encendió sobre la puerta. Se percibió un zumbido. Luego, la puerta se abrió. Su célula fotoeléctrica había detectado matemáticamente la frecuencia de la radiación magnética del cinturón-batería del hombre que llamara, abriéndole paso franco.

El hombre que había llamado avanzó por el suelo terso, bruñido, de la reducida estancia adonde se le había franqueado el paso. Las baldosas casi espejeantes reflejaron su alta, atlética figura, moviéndose con pase elástico, rápido, largo, que le llevó de varias zancadas silenciosas hasta la mesa-despacho, ligera, cromada y cristalina.

El personaje sentado tras de ella le contempló unos segundos, mientras el recién llegado mantenía una rígida, inmovilidad castrense, inflexible. Su taconazo breve y su saludo, llevando la mano al casco metálico-plástico, de color aluminio radiante, fueron impecables.

—A sus órdenes, señor —dijo con voz suave, respetuosa.

El hombre de la mesa inclinó la cabeza, con una media sonrisa en su faz, ancha y cordial. Luego, tras una pausa, respondió. Tenía la voz grave, profunda, de un confortable tono pastoso.

—Póngase cómodo, Stark. Tenemos que hablar largamente.

—Sí, señor.

Se acomodó en la ligera, funcional silla aluminizada, que había ante la mesa. Un sistema de aire esponjoso hacía muelle y flexible lo que en apariencia era un asiento incómodo.

El hombre de la mesa le estudiaba con curiosidad afable. Luego, ampliando levemente su sonrisa, comenzó a hablar:

—Supongo que se estará preguntando para qué le he llamado, ¿no es eso?

—Un policía o un soldado, señor, jamás se hace preguntas sobre lo que sus superiores quieran comunicarles. Y yo tengo un poco de ambas cosas.

—Sí, eso es cierto —suspiró el hombre—. Usted ha sido militar, antes de ingresar en la S.I.P., ¿no es así?

—Ciertamente, señor. Fui miembro de la Guardia Nacional y oficial de la Patrulla Militar número 6, desplazada en Luna-Término.

—Por tanto, cuando ingresó en la «Spacial International Police» usted era ya un auténtico veterano del espacio.

—Casi casi —sonrió el joven atlético, inclinando la cabeza.

—¿Le fue difícil el ingreso en la Policía del Espacio, Stark?

—Como a cualquier otro de sus agentes espaciales. Usted conocerá con toda seguridad cómo funciona la S.I.P. por dentro.

—Sí. Yo soy un buen amigo de Donald Callowan. Hemos llegado a luchar juntos en otra época y... Pero bueno, ésa es otra historia. Dejemos el pasado. Callowan y yo tenemos una vieja y leal amistad. Por eso me he dirigido a él, en demanda del hombre idóneo para la misión que debo encomendarle.

—Lo sé, señor. El jefe me lo informó así.

—Y Callowan le ha elegido a usted. Eso indica que tiene confianza en sus facultades.

—Posiblemente, señor. Pero dentro de la S.I.P. cualquiera puede ser elegido para una misión, por difícil que sea. Los hombres que actuamos en esa organización estamos preparados a todos los eventos. No es mérito nuestro, a fin de cuentas, sino de la propia S.I.P.

—Son ustedes admirables —sonrió el hombre sentado en la mesa-despacho—. Nobles, abnegados, y sencillos. Nunca se atribuyen mérito alguno. Todo corresponde a la S.I.P.

—Nos atenemos a la realidad, señor.

—Muy bien, Stark. Me complace su modo de ser y de pensar. Ahora, dejemos eso. En realidad, va a serme usted de gran utilidad en lo que necesito. Estoy seguro de ello. Conoce la disciplina militar, y es un hombre de la S.I.P. Magnífica combinación para el hombre que buscaba. Seguramente también conocerá algo de Medicina Espacial y todo eso, ¿no es cierto?

Stark dijo:

—Lo que la S.I.P. nos enseña en ese terreno, señor. Primeros auxilios, dolencias espaciales, casos de urgencia y todo eso. No somos médicos, pero podemos salvar a un herido o un enfermo, llegado el caso... siempre que no sea una enfermedad desconocida.

—Posiblemente en este caso la enfermedad sí sea desconocida. ¿Ha oído hablar del «Virus Z»?

—¿Virus Z? —Rod Stark frunció el ceño, tratando de recordar. Durante cuatro o cinco segundos permaneció en silencio, sumido en sus reflexiones. Por fin, expuso, moviendo la cabeza con lentitud—: Creo que recuerdo algo, señor.

—Bien. Cítemelo.

—Según ciertos médicos, recuerda las antiguas epidemias, como la viruela, el sarampión y cosas así. Sólo que se produce a determinadas alturas espaciales, en una serie de condiciones de temperatura, presión y radiaciones

cósmicas, y es altamente contagioso y de una rapidez en extenderse, realmente asombrosa.

—Muy bien, Stark. Lo está haciendo muy bien. Siga.

—No sé si recordaré mucho más sobre eso, señor —sonrió Stark—. Yo, después de todo, no soy médico.

—Sin embargo, continúe. Hasta lo que pueda recordar. No es un examen ni una prueba, muchacho. Lo que le he preguntado tiene su fundamento.

—Bien, señor. Intentaré resumir mis conocimientos de la cuestión lo mejor posible —los grises, metálicos ojos, llenos de inteligencia, del joven Stark, se fijaron en un punto del vacío, a espaldas de su interlocutor, tratando por todos los medios de concentrar sus dispersas ideas sobre aquella rara materia. Continuó—: El «Virus Z» se extiende por simple contacto. Hablar con una persona, rozar una mano, incluso las ropas que lleva el atacado, basta para ser contagiado en el acto. Como en los casos de epidemias antiguas, hoy dominadas, es preciso recurrir a la cuarentena, al aislamiento total durante cuarenta días. A cuyo término, la enfermedad ha sido dominada o aislada a muy pocos casos, y la epidemia se agota por sí misma.

—Eso refleja exactamente lo que es el «Virus Z» o azulemia —asintió el hombre de la oficina—. ¿Sabe por qué se llama vulgarmente «azulemia»?

—Creo recordar, señor, que se inicia con una coloración azulada de las uñas de manos y pies y una posterior pigmentación, también azul, en las órbitas oculares y en las mejillas del atacado.

—Eso es. La piel toma un tinte azulado durante la crisis fuerte de la enfermedad. ¿Sabe si es mortal o leve?

—En términos generales, es de carácter leve. Pero como en un simple y antiguo sarampión, puede complicarse hasta producir la muerte del enfermo. También es muy peligrosa en lugares de cierta responsabilidad civil, técnica, militar o científica, porque los atacados por el «Virus Z» sufren momentos de enajenación mental, causada por el debilitamiento encefálico que provoca la crisis de la enfermedad. Y en tales momentos, la cuarentena, el aislamiento total, en sitios donde no puedan causar un mal irreparable, es el medio más eficaz de prevenir desastres de consecuencias imprevisibles.

—¿Tratamiento de la enfermedad, Stark?

—Hay varios leves, y uno tajante, según creo, a base de inyectables regulares, durante dos semanas o más, a razón de dos o tres por día, de un nuevo antibiótico, la novocilina, o terapéutica asociada de sangre, piel y nervios. Con novocilina puede muy bien cortarse una epidemia de azulemia, siempre que se disponga de un local aislado para la cuarentena y de un personal médico eficiente, controlado y dirigido con total disciplina.

El hombre se retrepó en su asiento. Luego suspiró y manifestó lentamente:

—Sabe usted mucho más de lo que esperaba sobre esa enfermedad, Stark.

Creo que Callowan acertó una vez más al elegirle. Usted es nuestro hombre.

Stark contempló a su interlocutor, sin decir absolutamente nada, en espera de una necesaria ampliación a lo que acababa de decir.

Y la ampliación llegó. Breve, inesperada, tajante:

—Muy bien, Stark. Ahora, le voy a decir lo que espero de usted. Y lo que la Fuerza Aeroespacial de los ejércitos nacionales, encomienda a un hombre especializado de la S.I.P., en este caso usted, agente Rod Stark.

Una pausa. Y la conclusión rotunda:

—En el espacio, se ha situado un condensador de energía solar, en cuyo montaje y colocación orbital trabajan reclusos de la Penitenciaría del Espacio, dirigidos por personal técnico y científico especializado. Se ha declarado en la estación espacial para condensar energía solar, una epidemia intensa y grave de azulemia. Han agotado la provisión de novocilina. Piden más. Pero solamente puede ir un hombre con ella. Dos, como máximo. En caso contrario, los reclusos, que dominan la situación y han reducido a policías y científicos, enfermos como ellos mismos, destruirán el condensador, con todo su personal a bordo. Y teniendo en cuenta que el condensador, en sólo una semana de actividad provisional, ha acumulado energía solar por valor de cien millones de unidades, eso podría suponer una catástrofe mundial, Stark...

—En resumen, señor —habló lentamente Stark, tras una pausa sorprendida—. Se exige de mí...

—Se exige que lleve la novocilina a la estación del espacio, de energía solar. Y se exige también que, de serle posible, una vez en la estación, obre del mejor modo posible para reducir a los sublevados, sin hacer peligrar la estación, ni las vidas que en ella corren serio peligro, en manos de unos delincuentes, mucho más peligrosos ahora, que la enfermedad ha trastornado sus mentes.

—Bien, señor. Lo intentaré.

Así de sencilla fue su respuesta. Sin revelar emoción, temor o angustia por lo duro de la misión a cumplir. Luego, su interlocutor añadió:

—Llevará un compañero consigo, portando la novocilina. Se fingirá, como usted mismo, un simple médico inofensivo. Pero será un miembro de la Science Brand, tan eficaz y capacitado como usted mismo, en otro terreno. Pero sin importarle demasiado si hay que pelear a golpes o disparando un arma.

Rod Stark sonrió.

—En ese caso, señor, no creo que las cosas rueden mal —declaró, optimista—. Saldremos adelante. De un modo u otro, cortaremos esa epidemia. Y cortaremos las alas a los amotinados.

—Eso esperamos todos. De usted, y de Waldo Cranston, el hombre de la Science Brand.



CAPÍTULO PRIMERO

ENVÍO SANITARIO



RA alto, atlético. Casi tanto como Rod Stark. Musculoso, de ancho y recio cuello de toro, enérgica cabeza cuadrada, ojos agudos, claros y risueños. Boca amplia, sonriendo siempre, y mandíbulas formidables.

Así era Waldo Cranston, agente especial de la Science Brand, o Grupo de la Ciencia, que se ocupaba de los problemas científico-legales, en estrecha cooperación con la S.I.P..., las Milicias del Espacio, o Ejército Aeroespacial, y otros organismos legales, militares y policíacos, destinados a mantener la ley y el orden en los espacios exteriores dominados por el hombre.

—Rumbo a la estación de energía solar —dijo Cranston con una mueca burlona, volviéndose a Rod Stark, tras situar la manecilla en posición de vuelo de su pequeño «rocket» biplaza, de color blanco, con el distintivo de la Cruz Roja en su fuselaje, cruzado por la franja azul de Servicios Espaciales—. ¿Cómo se encuentra, «doctor» Stark?

—Más o menos como usted, «doctor» Cranston —rio Stark alegremente, retrepándose en la roja espuma de su asiento, y contemplando el espacio, negro y estrellado, a través de la pantalla fluorescente del televisor—. Preguntándome si seremos capaces de «curar» las dolencias de nuestros pacientes, allá arriba.

—Llevamos novocilina suficiente para sanar a una manada de búfalos —

comentó Cranston, chascando la lengua—. Y armas, para enfrentarnos a un ejército.

—Lo que me pregunto es si seremos capaces de usar esas armas —dijo Stark, preocupado—. Esos reclusos de la estación de energía no son tontos. Se imaginarán ver enemigos por todas partes. Aunque fuésemos médicos de verdad nos registrarían a fondo y detectarían nuestros cuerpos con los rayos X y los detectores especiales, hasta estar bien seguros de que no llevamos encima más que medicamentos.

—Sí. Misión nuestra será que no descubran arma alguna. ¿Usted ya sabe lo que ha de hacer, Rod Stark?

—Creo que sí —rio el agente de la S.I.P.—. Sólo hace falta qué me acuerde llegado el momento. Dicen que la azulemia también produce amnesia. Espero que no nos afecte el mal.

—Cielos, no nombre atrocidades —se estremeció Cranston—. La máscara y guantes de goma refractaria espero nos preserven del contagio.

—Estamos llenos de esperanzas. Y de temores. Diablo, es una misión delicada, Cranston. Está tan erizada de peligros, como un cactus de pinchos.

—Hemos sabido eso desde un principio, Stark. No nos queda otro remedio que aceptar la tarea y confiar en que las cosas no salgan torcidas. Esos reclusos, enfermos y dueños de la situación en el satélite de la energía, serán tan peligrosos como alimañas enfurecidas.

—Creo que Glenn Morano, el exconvicto de asesinato, es el que dirige la revuelta —comentó Stark, siguiendo el hilo de sus propios pensamientos en voz alta—. Al menos, fue Morano el que firmó el telemensaje pidiendo novocilina, y ofreciendo como rehén que respondía de sus vidas y su salud las vidas de los técnicos y científicos de a bordo.

—Mal tipo ese Morano, ¿no es cierto?

Stark no respondió directamente. En vez de eso, hurgó en un compartimiento secreto del «tablier» de la sala de controles del «rocket» biplaza en que viajaban por el espacio.

Extrajo una cartulina plástica, escrita en graba-styl, y con una fotografía magnética, grabada en la superficie sensible de la ficha. La mostró a su compañero de viaje espacial.

Dijo:

—Ésa es la ficha policíaca de Glenn Morano, tal y como la Sección de Identificación de la S.I.P. me la ha proporcionado. Lea, y se hará una leve idea de la clase de individuo que tenemos en perspectiva para tratar de manejarlo tal y como la ley desea.

Cranston tomó la ficha policíaca. La leyó en silencio. Se la devolvió a Stark, después de contemplar las facciones grandes, macizas y abotargadas del hombretón de cabello rojizo, que le miraba aviesamente desde la reproducción

fotográfica, a través de unas gruesas gafas de ligera montura.

—Buen elemento —comentó por fin, mientras Stark volvía la ficha a su compartimiento secreto, que una vez cerrado difícilmente hallaría nadie, ya que otro tablero de plástico, con esferas graduadas, cubría el cajoncito oculto—. Asesino, granuja, contrabandista, ladrón y un sinfín de cosas más...

—Eso es. Precisamente por ello no podemos fiarnos demasiado y confiar en nuestra propia astucia. Los trucos de contrabandistas los conoce Morano a fondo. Y lo mismo sucede con los recursos policiales. Si sospecha que somos policías o agentes de la Ley, nos matará sin contemplaciones, y tal vez asesine también a sus cautivos, aunque éstos en realidad responden con sus vidas de su propia seguridad, y son el mejor rehén que puede poseer en estos momentos Morano. Sin embargo, puede prescindir de nuestras vidas, quedándose además con la novocilina, que garantiza su curación.

—Sí, la situación es delicada. Un pillo como Morano no es fácil de engañar. Ni siquiera por un miembro de la S.I.P. y otro de la Science Brand.

—Usted es un científico, además de un policía o cosa parecida —dijo gravemente Rod Stark—. Usted, por tanto, sabe bien lo que sucedería, con una estación de energía solar en poder de un puñado de criminales o de locos.

—¿Si lo sé? —Cranston soltó una agria carcajada—. Dios mío, no quisiera verme ante una cosa tan terrible. La estación posee diez grandes tubos refractarios, de un metal antitérmico, y llenos de un gas condensado de gran poder absorbente del calor y la energía. El sol, penetrando por esos tubos, a través de unos filtros especiales, se condensa en los tubos, almacenándose, como si fueran latas de conserva. Sólo que en vez de líquidos o alimentos almacenan energía, calor, potencia suficiente para poner en actividad centros que, de otro modo, precisarían de enormes saltos hidráulicos, de motores potentísimos o de enormes voltajes. Así, se ahorran millones, y siempre existen reservas, ya que con cinco tubos condensadores y siete como máximo, se pueden poner en funcionamiento hasta mil industrias de grandes necesidades, en toda la faz terrestre.

—Y esa colosal energía almacenada allí...

Cranston explicó:

—Esa energía almacenada en los condensadores solares, y que la estación emite luego, en unas microondas de especial frecuencia, a través de una formidable pantalla fluorescente, de gran luminosidad, pero en la escala de la luz ultravioleta, para no cegar a los seres humanos, podría destruirlo todo, manejada por manos criminales, ya que la energía que desarrolla la estación es colosal, y orientada en forma violenta, sería como una carga de cientos de bombas de hidrógeno, lanzadas sobre la Tierra.

—Lo imaginaba así —suspiró Stark—. Un hermoso panorama, por todos los diablos.

—Sí —corroboró con desaliento Waldo Cranston, inclinando la cabeza,

para comprobar el rumbo y velocidad de la pequeña nave del espacio, en dirección a la estación de energía solar—. Es un hermoso panorama, Stark...

* * *

Tenía una forma gigantesca, oblonga, con los diez inmensos tubos de color aluminio formando una especie de soporte de la gran pantalla hemisférica, proyectara de la energía solar concentrada en el gran vehículo espacial situado en órbita alrededor de la Tierra, por el ingenio sin límites del ser humano, que así había logrado el viejo y ambicionado sueño de aprovechar la formidable energía del astro rey para nutrir las grandes industrias de la tierra.

Rodeaba la Tierra, a razón de una vuelta cada veintidós horas, a una distancia máxima de doscientas veintisiete mil millas de la superficie terrestre, y mínima de ciento setenta y nueve mil. Así, moviéndose en una línea orbital, perfectamente equidistante de la gravedad terrestre y lunar, el centro espacial de energía iba girando y girando, en una labor previa de acumulación de fuerza solar, que luego se aplicaría a los centros industriales del planeta.

Pero ahora esa gran base del hombre y de la ciencia, en el espacio exterior, se hallaba en poder de un grupo de asesinos y delincuentes, liberados de sus cadenas, con sus guardianes y con el personal científico y técnico de a bordo, reducido a la impotencia. Y con una enfermedad epidémica, que podía trastornar sus mentes hasta el extremo de provocar un desastre mundial, que significaría la muerte, no sólo para los dominadores del satélite de la energía, sino también de todos los seres humanos que residieran donde cayese la energía desencadenada por los condensadores incontrolados.

E incluso, llevando las cosas a un extremo de mayor gravedad... podía significar el final de la vida en la Tierra, la destrucción total, si la descarga hidrogenada provocaba un estallido en cadena.

Hacia allí se dirigía ahora el «rocket» de fuselaje blanco, con la gran cruz roja de su emblema sanitario, y la franja azul de Servicios Espaciales. A bordo, iban cajas con inyectables de novocilina. Y armas ocultas, para caso de tener que enfrentarse al enemigo sublevado a bordo del satélite.

Y dos hombres. Dos representantes de la ley, dispuestos a luchar contra un enemigo terriblemente superior y de gran peligrosidad.

Pero eran dos hombres audaces y capacitados. Dos luchadores, representando a sus respectivas organizaciones: la Science Brand y la «Spacial International Police».

Dos hombres que iban a luchar en un satélite habitado por criminales en libertad, y por una epidemia que podía hacer presa en ellos y reducirles a la impotencia, con todo lo que eso significaría en la lucha por la ley y el orden... y en la sorda batalla por recuperar el cuerpo celeste que podía ser símbolo de vida y de fuerza para los hombres.

Y que ahora se había convertido en vehículo de muerte, en viaje circular,

en torno al planeta Tierra...

* * *

—Ahí lo tenemos ya, Stark. Ése es el satélite de la energía...

Rod Stark afirmó. Contempló la forma que proyectaba la pantalla fluorescente del televisor de a bordo. El satélite, flotando en el negro infinito, sobre un fondo de salpicaduras centelleantes y lejanísimas, que hacían parecer ridículo el progreso espacial del hombre, se destacaba nítido, avisando con sus luces rojas de situación a los posibles cosmonautas desorientados, para evitar que la fuerza de atracción del satélite pudiera provocar un caos.

—Por lo menos, respetan las leyes internacionales de navegación espacial.

—Al menos por su propia conveniencia —comentó, sarcástico, Cranston.

Stark movió la cabeza afirmativamente. Sí, tal vez tenía razón su compañero. Los primeros interesados en evitar una hecatombe eran los ocupantes de la nave del espacio. Por eso mantenían las luces a punto. Por eso cuidaban de revelar claramente su situación en el espacio, surcado ahora por muchos vehículos espaciales, por muchos «rockets» y astronaves de todo tamaño.

Allí les esperaban Glenn Morano y un puñado de hombres tan desesperados como el propio Morano. El encuentro estaba próximo...

La nave sanitaria planeó sobre el satélite. Ambos se mantenían a la escucha. Se habían puesto batas de plástico blanco, con el distintivo de la Sanidad Espacial. Sus facciones tenían la inexpresividad profesional y fría de los médicos auténticos. Todo había de tener autenticidad de allí en adelante, o perderían la partida frente a la agudeza de su común enemigo, Glenn Morano.

Ambos habían conectado ya los transmisores y receptores de radio de a bordo, para estar en contacto con el satélite. De momento, nada había sucedido. No llegó orden ni llamada alguna. La intermitencia del «bip-bip» de las baterías del satélite de la energía no se interrumpió en momento alguno. Ello marcaba ya su vecindad, y aumentaba en potencia a medida que se acercaban al satélite. Pero sin embargo, ninguna voz, ningún otro sonido que indicase presencia humana en el vehículo orbital, ni deseos por parte de los ocupantes del satélite, en comunicarse con los viajeros de la nave que se aproximaba, a la velocidad fantástica de los turborreactores del «rocket».

Por fin, el vehículo se estremeció, al chocar dos fuerzas distintas en su impulso. Una, la de sus reactores termonucleares. Otra, la de atracción de un cuerpo mayor. El satélite les atraía con su fuerza de gravedad.

Los dos hombres se miraron. Sabían que habían de medir sus palabras ahora. Era muy posible que los superradares del satélite marcasen con perfecta nitidez lo que se hablara dentro del vehículo sanitario, lo mismo que sucedía en el pasado con un submarino detectado por el radar de un buque de superficie. Era mejor prever ese riesgo.

—Parece que ya estamos en nuestro objetivo, doctor —dijo Cranston, con un guiño burlón.

—Sí, creo que hemos llegado —asintió Stark—. Ése es el satélite de la energía. Espero que nuestros inyectables lleguen también a tiempo. La epidemia puede revestir suma gravedad, si no se corta oportunamente. Y esa gente lleva ya excesivo tiempo sin auxilios sanitarios, doctor.

—Habrá tarea a bordo, si las cosas han ido mal.

—Nuestra obligación, como médicos, será cumplir esa tarea, por ingrata y dura que sea.

Se mantuvieron en silencio tras estas palabras destinadas a oídos invisibles que pudieran detectarlas. Ambos estaban seguros de que no habían sido vanas. Alguien las escuchó. Alguien tomaría nota de ese diálogo, y muchas dudas y recelos se desvanecerían con seguridad. Y si no ocurría así, tanto peor para ellos.

Se situaron sobre el satélite. Hicieron señales luminosas, en alfabeto internacional, pidiendo terreno para posarse. Stark mantenía aferrado el volante de rumbo. Cranston reducía velocidad y mantenía los turborreactores en punto muerto. La nave flotó sobre el satélite, a merced de lo que pudieran hacer en éste.

De súbito, la radio emitió un «bip-bip», diferente. Ambos hombres se pusieron tensos. Por sus auriculares zumbó una señal prolongada. Después, una voz...

—¡Atención, nave sanitaria! ¡Atención, nave sanitaria! —habló alguien, en perfecto inglés—. ¡Aquí satélite de la energía! ¡Aquí Satélite K-10-S.E., emitiendo. Escuchen, escuchen...!

—Escuchamos —respondió brevemente Stark, tomando el micrófono—. Escuchamos perfectamente, satélite de la energía. Escuchamos, doctores Smith y Brown, a bordo de la nave sanitaria, enviada especialmente desde la Tierra...

—Atiendan instrucciones. Si son ustedes realmente médicos, y no policías enviados para combatirnos, obedecerán al pie de la letra. En caso de desobediencia o de error por su parte... ¡les aniquilaremos inmediatamente!

—No teman. Nuestra misión es entregar medicamentos. Y ver si el personal de a bordo está en condiciones de curarse. Si es así, sean convictos o sean técnicos, científicos o policías, serán igualmente atendidos.

—Muy humanitarios —la voz del que hablaba por radio estaba preñada de ironía—. Pero si tememos algo, es por ustedes. Nosotros estamos a salvo de todo. ¡Ah, otro aviso! Despójense de cualquier objeto agresivo que puedan llevar. No queremos tijeras, navajas, cuchillos ni armas de ninguna especie. En cuanto a la novocilina, antes de sernos inyectada se comprobará por el electroanálisis automático, si es realmente lo que dice ser. No vamos a ser niños de pecho, que nos dejemos dormir o intoxicar tontamente.

—Nadie ha pensado en eso... que yo sepa —respondió gravemente Stark —. Si la policía y las tropas piensan desalojarles de ahí, es cuenta de ellos. Nuestra misión terminará cuando tengan ustedes medicamentos y atención médica. Eso es todo.

—Sí, será mucho mejor para ustedes que así sea. Viren hasta el punto cero de su esfera de posición. Entonces, oriéntense hacia la letra T de luces verdes y rojas, intermitentes, situadas hacia su derecha en ese punto. Y pósense allí, con sus reactores en punto muerto. ¿Lo han entendido, o será preciso repetirlo?

—Entendido perfectamente. Vamos a iniciar maniobra para posarnos en el satélite.

Cerró la radio. Sabía, sin embargo, que seguirían a la escucha desde allá. A través del superradar, continuarían en contacto con el interior del «rocket».

Y cualquier palabra imprudente, significaría la muerte para ellos.

No hablaron. Maniobraron con precisión y seguridad, hasta sobrevolar la letra. T de luces verdes y rojas, en la plataforma semicircular, destinada a posarse las naves pequeñas en su superficie de plast-metal.

Luego, la pequeña nave sanitaria se posó suavemente en el satélite de la energía solar, a la sombra de los gigantescos tubos condensadores, detrás del enorme, circular espejo o pantalla proyectora de energía.

La aventura había comenzado. O estaba a punto de terminar, en el peor de los casos.

CAPÍTULO II

EN EL SATÉLITE



UANDO se abrió la puerta del pequeño vehículo, los dos hombres aparecieron en su umbral. Cubrían sus cabezas con cascos de flexible plástico, transparente, de un color amarillo, se preservaban igualmente del contagio. Cerrando guantes, botas y escafandra o caperuza, prietamente, en torno a muñecas, tobillos y cuello, sin dejar un solo resquicio en el traje sanitario, apropiado a circunstancias contagiosas tan graves como la presencia a bordo del satélite de la energía, de una epidemia de azulemia.

—Bajen. Las manos en alto los dos —ordenó una voz, por medio de un potente amplificador situado en la pista.

Stark y Cranston se miraron, obedeciendo prestamente. La puerta de la nave quedó abierta, a sus espaldas. En ella se veían las cajas metálicas, conteniendo novocilina. Ambos hombres, brazos en alto, se movieron escalerilla abajo, hasta pisar la superficie plastmetálica de la pista del satélite.

—Allí están —dijo entre dientes Stark.

Cranston, escuchándole a través de los auriculares interiores de su escafandra, asintió. Había visto también a los piratas del satélite. Estaban rodeándoles, tras la verja de la pista, con rifles eléctricos en sus manos, apuntándoles directamente.

Los ojos de Stark, tras la escafandra, se dirigieron rápidamente a una amplia, circular pantalla lumínica que parpadeaba intermitente, a la salida de la pista, frente a ellos.

Era un superdetector magnético, capaz de descubrir en cualquier parte de su cuerpo la más leve presencia de un cuerpo metálico, explosivo o capaz de ser disparado. Con un sistema de detección como aquél, no era posible ocultar absolutamente nada. Descubriría hasta el más pequeño objeto agresivo o defensivo que llevaran sobre sí, incluso en el más inverosímil rincón de su cuerpo.

El ojo magnético empezó a girar sobre su soporte de traviesas metálicas, hasta enfocarles directamente a ellos. La voz habló por el amplificador de la pista:

—¡No se muevan ahora! ¡Quédense quietos ahí y esperen a que el ojo magnético les registre! Si llevan sobre sí una sola arma, están perdidos. Les

barreremos ahí mismo, sin concederles la menor oportunidad.

Ninguno de los dos hombres despegó los labios. Se miraron a través de los plásticos de sus escafandras, tensos, pendientes sus vidas de un frágil hilo.

Ambos sabían lo mismo. Ambos, bajo su inofensivo aspecto de médicos enviados a cortar una epidemia que podía ser mortal sin los debidos auxilios sanitarios, llevaban ciertamente armas. Armas especialmente diseñadas por la S.I.P. y por la Science Brand, para casos como aquél. Armas insospechadas en cualquier registro. Pero un ojo electromagnético no era un hombre, sometido a humanos errores. No fallaba jamás. Registraría fría, despiadadamente, los cuerpos de los dos hombres.

Y para aquel sistema, no había medio humano de ocultar nada.

Pero, naturalmente, la S.I.P. había contado con la existencia de un ojo magnético en el satélite. Sabía que existía, y que los piratas lo utilizarían en su beneficio, para mantenerse a salvo de agresiones.

Ni Stark ni Cranston se movían. Sus ojos seguían la inexorable oscilación del ojo magnético, el giro lento, implacable, de la pantalla circular luminiscente, que continuaba con sus parpadeos, y se movía ya hacia ellos, les enfocaba, inmovilizándose.

Ahora o nunca, pensó Stark. Si esto fallaba, una descarga térmica les barrería del mundo de los vivos. Así, sin la menor oportunidad de defenderse siquiera...

Hizo lo único que tenía que hacer frente al gran peligro. Desnudos bajo el ojo magnético, que en cuanto alterase sus oscilaciones lumínicas indicaría, con su frecuencia de oscilación, a la máquina-robot que actuaba en su interior la presencia de objetos metálicos, de armas agresivas, y detallaría su naturaleza, siempre por medio de ondas magnéticas, actuando sobre el reactor-robot de la máquina.

Solamente movió un dedo, el meñique de su mano zurda. La leve flexión, imperceptible para los piratas a aquella distancia, e incluso a una menor, puso en acción su oculta, pequeña y potente pila antimagnética que Stark llevó consigo en aquel viaje quizá sin retorno...

Tardó cosa de un segundo en surtir efecto. El más largo segundo en la vida de un hombre. El más largo instante de espera que jamás conoció Rod Stark, agente especial de la S.I.P...

Luego, el ojo magnético dejó de parpadear. Se apagó por completo. Como si de repente sus baterías se hubiesen agotado, anulando su mágico poder.

Hubo una imprecación áspera, violenta, tras las vallas alambradas. Una imprecación repetida sonoramente por los amplificadores. Alguien estaba furioso. Luego, sonaron órdenes crepitantes como tableteos de ametralladoras:

—¡El ojo magnético! ¡Algo ha sucedido en él! ¡Y precisamente ahora, maldición! ¡Id a ver lo que sucede! ¡Lo necesitamos para descubrir si esos

doctores llevan solamente medicinas! ¡Vamos, deprisa, arregladlo! ¡Es preciso disponer de ese detector!

Hubo movimiento en la plataforma del satélite. Stark, imperceptiblemente casi, guiñó un ojo a Cranston, que dominó difícilmente una sonrisa. Había resultado, después de todo. Fue tan sencillo como provocar un cortocircuito en una línea eléctrica. Mucho más aún. Sólo mover el dedo meñique, accionó el diminuto resorte oculto bajo su guante, y la batería antimagnética se descargó de su cuerpo, anulando la energía magnética de la pantalla detectora, con la misma eficacia y brusquedad que el cortocircuito eléctrico.

Ahora llevaría mucho tiempo reparar aquello. Posiblemente el laminado, supersensible, del enorme disco metálico, se habría fundido. Era mil veces más delicado que el filamento de una vieja lámpara eléctrica, y procurarse otro laminado, montarlo y dejarlo en condiciones de funcionar, no sería precisamente sencillo ni factible para los piratas. Al menos, no en mucho tiempo.

El primer paso estaba dado. Pero si Morano descubría que la pila antimagnética fue la causante les asesinaría con igual sencillez que si hubiera hallado un arsenal sobre ellos. Todo dependía de que la coincidencia tan oportuna no despertase sus sospechas en ese sentido. Stark sólo fiaba en la escasez de conocimiento científicos y técnicos del recluso, para esperar lo mejor en tal caso.

—Mientras mis hombres reparan la avería del detector magnético, ustedes pasen a la cámara de registro ordinario —dijo irritadamente Morano, por los altavoces—. Pasen hacia la plataforma derecha. Eso es todo.

Stark y Cranston se movieron dócilmente. Antes de seguir hasta la plataforma citada, Stark observó agudamente:

—¿Y las inyecciones? Todos ustedes necesitan urgentemente la novocilina, o la enfermedad puede entrar en un período mortal irreparable. El tiempo apremia, dense cuenta de eso. No somos nosotros su mayor peligro, ni siquiera aunque hubiéramos sido realmente policías, sino su propia dolencia, el enemigo que llevan dentro de sí...

—¡Cállese, doctor! —cortó, tajante, la voz de Morano—. Obedezca y no replique. Ya tomaremos nosotros la novocilina, y luego podrán ustedes aplicárnosla. No antes de haber pasado al análisis electrónico. No queremos ser envenenados, ya se lo dije.

—Veo que es muy desconfiado.

—Gracias a eso Glenn Morano vive todavía —rio el hombre—. Y, lo que es más, está en libertad.

—¿Libre, dentro de un satélite que los policías y soldados de toda la Tierra harán pronto blanco de sus ataques? —replicó, escéptico, Waldo Cranston.

—Que lo hagan —silabeó Morano, orgullosamente—. Que lo hagan, y sabrán lo que es sentir cien mil bombas de hidrógeno sobre sus cabezas,

malditos perros. ¿O para qué creen ustedes que sirve la energía acumulada en esos tubos que tienen ahora tras de sí? ¡Para destruir el mundo, si el mundo es tan necio que pretende destruirme a mí!

Stark y Cranston miraron de soslayo, con un escalofrío, los gigantescos tubos que brillaban con su color de aluminio, a espaldas suyas. Cilindros ingentes, cargados de energía solar, de hidrógeno casi puro, dispuesto a servir de ayuda a la Humanidad, bien dosificado... o para destruir brutalmente, si una mano asesina y enfebrecida soltaba sus resortes de disparo a la vez...

Se movieron ahora hacia la plataforma derecha del espaciódromo del satélite de la energía. Era mejor hacerlo así. Infinitamente mejor, sin duda. Cualquier acción que pudiera irritar a Glenn Morano, un hombre de por sí fácil de enfurecer, enfermo además, y tal vez con el cerebro debilitado por la azulemia, podía traer desastrosas consecuencias para todos. Era igual que estar tratando con un niño rebelde, al que uno no puede acercarse demasiado, y que lleva entre sus manos una bomba a punto de estallar. Sólo que esta bomba sería la más pavorosa y terrible, en la historia de los tiempos.

La plataforma de la derecha era una banda móvil, automática, sobre la que se situaron Stark y Cranston. Les condujo hacia un acceso circular, en el suelo de la pista. Por allí, otra banda descendente, en movimiento, les arrastró por un corredor cilíndrico, hasta una compuerta metálica, que se deslizó silenciosamente al llegar ante ella, dejándoles paso franco. Se cerró tras de sí.

Ya no había bandas metálicas moviéndose por el suelo. Un pavimento firme, metálico también, les acogió. Estaban rodeados de muros lisos, grises, sin una sola abertura, sin un mueble, sin un accidente.

Era una celda cubicular, fría y triste. Los muros, como si fueran translúcidos, despedían una luminiscencia no muy fuerte, azulada, que les permitía ver vagamente dónde estaban, pero nada más.

—Bueno —suspiró Cranston, sentándose en el suelo—. Creo que estamos prisioneros de Glenn Moran. Y que tal vez, ahora, cuando ya poseen novocilina en abundancia para curar su mal, nos eliminarán limpiamente para no correr riesgos.

—No puede hacer eso —argumentó Stark—. No será capaz de asesinar a dos médicos que han arriesgado su vida, simplemente por venir a atenderles, en un deber de estricta humanidad...

Cranston asintió, con una mirada significativa. Luego, señaló los muros grises:

—Sí, pero esto es incuestionable, doctor. Nos ha encerrado como si fuéramos criminales, y no hombres de ciencia, en una misión sanitaria...

Stark no dijo nada. Miró su reloj de pulsera, a través de la transparencia amarilla de sus guantes anticontagio. Luego, se encogió de hombros y manifestó:

—Tal vez estén simplemente esperando.

—Esperando ¿a qué?

—A comprobar la novocilina. Y a comprobar si no hay armas a bordo de nuestra nave. Y también a ver si reparan esa pantalla magnética que se les «averió» —dominó difícilmente su sonrisa burlona, para mantener un hermético gesto, muy prudente, si alguien les estaba observando por un invisible televisor, cosa nada rara por cierto a bordo de un satélite destinado a la ciencia. Luego, añadió, mostrando los muros—: Incluso es posible que estemos en una cámara detectora, doctor.

—Una... ¿qué? —indagó Cranston, sorprendido de veras.

—Una especie de suplente de ese ojo magnético que se ha estropeado. Querrán saber si realmente llevamos algo encima. Existen rayos X, detectores de vibraciones metálicas, contadores en la línea de los Geiger, y cosas así.

Cranston estuvo a punto de suspirar, aliviado, pero se contuvo. Contra todo eso, iban preparados. Las armas ocultas sobre sus personas eran todas refractarias a los rayos X, a los detectores de metal, de superplásticos y de contadores electrónicos. Una capa aislante, a base de un baño especialmente logrado por André Levigneux y Charles Dubon, en el Instituto de Estudios y Técnica Electrónica de la «Spacial International Police», en París.

Levigneux y Dubon eran los auténticos cerebros científicos puestos al servicio de la S.I.P., y su inteligencia, extraordinarias dotes y gran capacidad en el terreno de la electrónica, les había hecho ser conocidos de todos los agentes de la S.I.P. como «los Chispas». A ellos se les ocurrió que, en una misión como la suya, el baño de metales, plásticos y toda clase de cuerpos, en una solución de gas antidetectante, que los hacia inmunes a cualquier radiación no magnética, e incluso a la acción de los rayos X, que ahora podían traspasar los ligerísimos plásticos metalizados de las armas utilizadas especialmente por los agentes de la S.I.P. Algo que ni Morano ni nadie conocían, fuera de los ámbitos de la «Spacial International Police».

En esos dos muchachos franceses, auténticos genios de la electrónica y su campo, fiaban ahora Cranston y Stark, encerrados en aquella cámara que podía ser su prisión... y su tumba.

Si su creación fue eficaz, nada sucedería. Las pruebas, en los laboratorios y cámaras experimentales de la S.I.P., habían sido positivas. Pero ninguna prueba, como la de ahora, serviría para probar, de una vez para todas, la eficacia o el fracaso, del hallazgo técnico.

Ambos hombres, sentados en el suelo metálico, esperaron. Esperaron, hasta que...

—Pueden salir —dijo una voz, repetida por un oculto amplificador—. Salgan, doctores. No llevan armas encima. Solamente dos cajas con agujas hipodérmicas, material sanitario y todo eso. Pueden salir.

Cranston y Stark se miraron apenas una décima de segundo, mientras se incorporaban. Era un triunfo. Un oculto triunfo por el momento, para André

Levigneux y Charles Dubon, los alegres e inteligentes «Chispas». Su descubrimiento había sido eficaz. Por el momento, habían salvado dos vidas: las suyas.

Se movieron por el cubículo gris, en busca de una salida. No la había, pero se dejó ver por sí misma. Una puerta se abrió en el muro. No era la misma por la que fueron llevados allí. Estaba en el muro opuesto, lo recordaba muy bien Stark, que no se dejaba desorientar fácilmente, ni siquiera por el fácil recurso de una habitación igual en todas sus paredes, sin punto alguno de referencia.

La mente de los hombres de la «Spacial International Police» estaba educada de forma muy diferente a la normal. En la Escuela Espacial de Washington, donde cursaban sus estudios, hasta convertirse en agentes especiales, aprendían no sólo a controlar sus emociones y ser siempre dueños de sí, sino también a orientarse, a pensar en las más difíciles circunstancias, y a aislar su cerebro de posibles telépatas, de «lavados de cerebro», y de drogas de la verdad.

Avanzaron hacia la puerta que se había abierto en el muro. Pasaron a un corredor iluminado por indirectos tubos luminosos, de coloración amarillenta. El corredor discurría trazando curvas y esquinas numerosas. Por fin, ante ellos vieron una puerta deslizante. Se movía, y una luz roja parpadeaba sobre ella, como señalándoles el camino.

Entraron. Era una cámara también cubicular, mucho más estrecha que la anterior. Cranston parecía sorprendido, pero Stark le aclaró sus dudas con una simple orientación:

—Un ascensor. Creo que ahora sí vamos a alguna parte concreta, y se acabará este juego. Resulta ya un poco pesado.

En efecto. Era un ascensor. Al cerrarse la puerta, el vehículo ascendió vertiginosamente. Y, desde luego, iban a alguna parte muy concreta.

Cuando se detuvo el ascensor, las puertas se deslizaron de nuevo. Salieron.

No estaban en ningún corredor, ahora. El ascensor conducía directamente a una cámara o estancia. Y en esa cámara, un hombre les aguardaba, tendido en una mesa, clínica, con el brazo derecho remangado.

Un hombre fornido, poderoso, de grandes músculos y la faz ancha y abotargada, bajo la melena pelirroja. Les contempló con ojos claros, malévolos, que tanto Stark como Cranston habían visto antes en otro sitio: una fotografía.

Lo recordaban.

Aquél era Glenn Morano, el jefe de la revuelta a bordo del satélite de la energía.

—¡Hola, doctores! —saludó, con una risita sarcástica—. Vamos, empiecen su tarea. Y sin hacer tonterías. Inyéctenme. Mi personal ya ha cuidado de tenerles todo preparado, mientras ustedes aguardaban a ser recibidos. Después

podrán ir a atender al resto de tripulantes del satélite.

Stark y Cranston observaron a los cinco hombres, armados de ligeras y mortíferas ametralladoras electrónicas, de cargas pulverizantes, que guardaban las espaldas de Morano, desde cinco diferentes emplazamientos en la estancia.

Una caja de novocilina estaba en una mesa, abierta, y las ampollas inyectables a punto de ser utilizadas, junto a unas agujas y jeringuillas ya dispuestas en alcohol.

Todo estaba preparado.

Cranston pareció sorprendido. Stark se mordió los labios. Uno de sus recursos, una de sus armas secretas, acababa de ser anulada por la astucia desconfiada de Morano. Las agujas hipodérmicas podían servir para inyectar inofensivamente... o para convertirse en arma a una sola presión especial de sus dedos. Pero ya no servían absolutamente de nada.

—Vamos, vamos, inyecten —invitó, melifluo, Morano—. Con mis propias agujas, claro. Espero que no les ofenda mi desconfianza, muchachos... Ah, me olvidaba. Ahí tienen a la persona que ha de auxiliarles. Está también inoculada del «Virus Z», pero es eficiente, cuando cumple su tarea profesional. ¿No es cierto, doctora Farrell?

Stark, asombrado, giró la cabeza. Una puerta se abrió. Apareció una mujer. Era joven, esbelta y muy rubia. Lucía una blusa de plástico blanco, guantes blancos y el distintivo del Cuerpo Médico Espacial.

—Vamos, ¿a qué esperan? —exigió Morano—. La doctora Farrell es muy bella, sí. Pero no me interesa su belleza, sino sus dotes profesionales. De modo que adelante...

Stark y Cranston se movieron hacia Morano.

Y en ese momento, la doctora Farrell, que no separaba de ellos sus claros, grandes ojos, bellos y luminosos, declaró inesperadamente, con voz tajante:

—Esos hombres han mentido. Esos hombres no son médicos...

Stark y Cranston se quedaron como clavados al suelo. Los rifles electrónicos pulverizantes, se volvieron súbitamente hacia ellos. La muerte aleteó en la estancia.

Una risita aguda, hiriente, escapó de labios de Glenn Morano. Su maligna mirada se fijó en los dos hombres con perversa fruición.

—Lo sospechaba. La doctora Farrell era mi última prueba. Bien, amigos, han perdido la batalla. Glenn Morano es más listo de lo que imaginaban. De modo que ahora, ya saben su suerte. Van a morir. Ahora mismo. Aquí, ante mis ojos...

Y lo malo es que tanto Stark como Cranston sabían que decía la verdad.

Y que ellos no podían evitarlo en modo alguno.

.

CAPÍTULO III

EN ACCIÓN


UANDO los hombres de Glenn Morano levantaron sus armas, apuntando a los dos hombres, Rod Stark supo que sus probabilidades favorables estaban en una ínfima proporción, de uno entre diez mil. La inesperada frase de la doctora Farrell, que tanto parecían creer los piratas del satélite, les dejaba prácticamente en manos del enemigo.

Ya era total, absolutamente inútil, seguir fingiendo e interpretando el papel que tan escasa fortuna ofreciera. Ahora, era momento de actuar, si había tiempo. Hora de morir, seguramente.

Tenían que luchar.

Cranston no era tan rápido en reflejos como Stark. Quizás en eso solamente se diferenciaban ambos compañeros de aventuras. En lo demás, eran dos luchadores exactamente iguales en potencia y en audacia. Pero Stark seguía siendo el más rápido en obrar.

Lo demostró ahora, con la muerte frente a sí, en el momento supremo. Su acción, apenas si le llevó dos segundos. Quizá menos. Porque dos segundos hubieran bastado a los guardianes de Glenn Morano para terminar con ellos irremisiblemente.

Rod Stark se limitó a llevar su diestra a los botones de su blanca blusa de médico espacial. Tiró de dos de ellos, con una celeridad inaudita. Los botones saltaron arrancados de sus costuras por el violento tirón.

Y justamente cuando las armas adversarias iban a vomitar contra ellos una ráfaga mortífera de ondas electrónicas, capaces de provocar una vibración tal en la carne golpeada, que provocaban la desintegración inmediata de ésta, los botones saltaron, entre los dedos de Stark. Y realizaron su misión con justeza y precisión totales.

Una potente convulsión del aire, en torno de ambos hombres, marcó la efectividad de los dos botones, en realidad dos generadores potentísimos de energía electrónicomagnética concentrada.

Una vibración intensa hizo recular a Glenn Morano, que saltaba de su mesa, y a los hombres armados que le guardaban. En el acto, vomitaron las armas ligeras su potente carga de ondas electrónicas vibratorias.

Éstas se dirigieron a los dos hombres, esperando aniquilarles en un segundo. Pero algo surgió a su encuentro, algo tropezó con ellas, y provocó un estallido repetido, en el aire, que lanzó atrás, por la potencia misma del choque, a sus propios tiradores.

—¡Serenidad, Cranston! —avisó Stark roncamente—. ¡Ya hemos formado la campana electrónica en torno nuestro! ¡No lograrán perforarla con sus armas esos malditos piratas!

Era cierto. Cranston observó que una segunda descarga reventaba en el aire, a cosa de diez o doce pulgadas de sus cuerpos. Era justamente el radio de acción marcado por la invisible campana electrónica, que formaba la descarga de los dos botones generadores de energía negativa.

Ahora, una especie de caparazón o coraza circular, rodeaba a los dos agentes de la Ley, contra ataques externos. Virtualmente, era una inmunidad absoluta... pero sólo de campana para afuera, ya que la onda positivada de las descargas que ellos lanzaban desde su posición interior, llegaría indefectiblemente a los contrarios.

En esta ocasión, y ante el helado estupor de Glenn Morano, y de sus hombres, Rod Stark y Waldo Cranston sepultaron sus manos enguantadas en las blusas plásticas. Reaparecieron con lo que parecían inofensivos termómetros para medir la temperatura febril de un enfermo. Algo perfectamente clínico, perfectamente claro. Tanto, que el detector normal de la cámara cubicular donde permanecieran encerrados anteriormente, lo había pasado por alto, sin despertar sospechas en Glenn Morano.

—¡Ahora mandamos nosotros, Morano! —avisó fríamente Stark, apuntando con su termómetro a los enemigos—. ¡Soltad las armas y elevad los brazos al aire, o empezaremos a barreros a tiros!

—No podéis hacerlo —rio duramente Morano—. Es posible que una barrera electrónica os esté protegiendo ahora, polizontes del diablo, pero esa misma barrera impedirá que vuestras cargas lleguen a nosotros.

Sonrió Stark con dureza. Luego, disparó sobre la mesa de operaciones que Morano acababa de abandonar. Fue una simple presión en lo que parecía esfera inferior del termómetro, y depósito de su mercurio coloreado. En vez de mantenerse éstos insensibles, sus extremos lanzaron un chispazo, una delgada, sutil estría de tono azulado, que perforó la campana electrónica, de adentro afuera.

Chilló Morano, lívido de terror, al advertir que la mesa clínica que poco antes le sirviera de lecho, se envolvía súbitamente en una llamarada azul, y que luego empezaba a derretirse, en forma de gruesos goterones de metal, plástico y vidrio derretido a una formidable temperatura. Los rostros de los hombres empezaron a cubrirse de transpiración abundante, y las pupilas de Morano, dilatadas de terror, se clavaron en los pretendidos termómetros de los dos falsos médicos.

—Ahora ya sabes lo que os espera, si continuáis luchando contra nosotros —avisó Rod Stark con voz glacial—. Esto son generadores de energía térmica destructora. Mucho más eficaz y activo que los simples proyectiles térmicos de uso habitual. Pueden bastar para convertiros en simples charcos humeantes, en cuanto os apuntemos. Y eso es lo que vamos a hacer ahora mismo, si no rendís este satélite a la autoridad. ¡En nombre de la Ley, y representando a la S.I.P., os conmino a una rendición inmediata!

—¡Jamás! —aulló uno de los hombres, enfurecido, levantando su fusil, que tableteó, secamente, comenzando a salpicar con estallidos inútiles la caparazón magnética de electrónica que rodeaba a los dos hombres.

Stark lamentaba hacer aquello. Pero a veces una vida podía apresurar mucho las cosas, o impedir otras muertes y complicaciones trágicas. Por ello, apuntó al hombre que había disparado. Era uno de los malcarados, patibularios rufianes unidos a Morano. Seguramente un tipo con muchas muertes sobre su conciencia. De no existir la barrera electrónica, ellos hubieran caído bajo sus disparos. Eso le hizo ahuyentar sus últimos escrúpulos.

Disparó el supuesto termómetro.

Una carga térmica brotó, con un chirriante silbido, acompañando a la estría azul, chispeante. Sólo que esta vez no tocó un mueble, sino el cuerpo del hombre que disparaba tan rabiosamente.

Una convulsión, un terrible estremecimiento, sacudió al rufián. Éste osciló, con agónico gesto. Se dobló, mientras su expresión de horror infinito se derretía, juntamente con su propia faz, con su carne, chamuscada y deformada horriblemente por la explosión térmica.

Se achicharró a los pies mismos de Glenn Morano que, trémulo, pegadas sus espaldas a un muro, asistió al terrible final de su compinche. Luego, aulló, acobardado, al ver girar los «termómetros» hacia él. Tanto Stark como Cranston parecían perfectamente resueltos a oprimir de nuevo el resorte mortal.

—¡Noooo! —chilló—. ¡No disparen!

—¿Eso significa que se rinde? —inquirió Cranston, inflexible.

—¡Sí, sí, me rindo! —jadeó Morano, descompuesto—. ¡Me rindo, por Dios, pero no disparen! ¡Todos nos rendimos, el satélite es suyo, malditos sean! ¡El propio Satán, sin duda, les dio sus armas, para acabar con nosotros!

—Vosotros sois la fuerza de Satán, Morano —replicó Stark fríamente—. Si alguien guio nuestros pasos, no fue precisamente un ser diabólico, sino un sentido de justicia estricta. La Providencia ayuda siempre a quién lleva la razón, Morano. Vamos, soltad las armas, entregaos, y termine la farsa. Jamás hubierais podido dominar el mundo, ni destruirlo con este satélite. Se creó para bien de la Humanidad, no para su propio fin.

Las armas cayeron. Stark se volvió a Cranston.

—Cúbrame desde aquí, Cranston —indicó—. Una vez abandone la campana magnética, no me es posible volver a ella, como le sucede a usted mismo. Será preciso que alguien se mantenga dentro de ella, para prever contingencias desagradables. Usted me cubrirá, y no saldrá de ahí hasta que yo le advierta que hemos reducido a todos los piratas del satélite, ¿comprendido?

—Claro, Stark. Vaya tranquilo. Yo impediré sorpresas desagradables.

Rod abandonó la campana electrónica de protección sin ningún problema. Pasar después hacia dentro, era prácticamente imposible, en tanto durase la acción electrónica, que se prolongaría durante más de diez horas. Por eso dejaba dentro a Cranston, cuidando de que las cosas fueran bien desde su inexpugnable atalaya.

Pero al avanzar hacia el atemorizado Morano y sus esbirros, comprendió claramente Stark de que la efectividad diabólica de los medios científicos y técnicos de la S.I.P. habían logrado el milagro. La batalla estaba ganada...

* * *

—Jamás una cosa tan difícil, resultó tan sencilla —suspiró Cranston, terminando de inyectar a otro de los afectados por la azulemia—. Dos hombres solos, contra toda una tripulación pirata, dispuesta a todo, encima de un auténtico polvorín, capaz de volar la Tierra y parte del propio sistema solar.

—Tuve razón al mostrarme optimista con el jefe de las Milicias del Espacio y con el propio Callowan —comentó Stark—. No ha sido una hazaña de titanes.

—No. Pero estuvimos a punto de perderlo todo... —irritado, Cranston miró hacia la mesa del quirófano del satélite, donde ahora yacía la doctora Farrell, inconsciente—. ¿Por qué ella tuvo que delatarnos? ¿Se unió a los piratas tal vez?

—En apariencia, eso es lo que sucedió.

—¡Pero si ella es miembro de la International Sanitary Asociation! ¡Si es una doctora elegida por la propia Science Brand, a pesar de su juventud, para ocuparse de cumplir su deber a bordo del satélite! —protestó Cranston—. ¿Cómo va a asociarse a un puñado de rufianes sin ley?

—Eso es lo que, aparentemente, ha sucedido —sonrió Stark—. Pero no debe dejarse guiar por las apariencias. La doctora Farrell, evidentemente, está fuera de toda sospecha respecto a una actividad intencionada, en tal sentido. O jamás hubiera sido elegida para un cargo de responsabilidad en un lugar así.

—¿Entonces?

—Creo entender la cuestión, aun, cuando sólo sea médico en esta farsa. La doctora Farrell fue hipnotizada, reducida a un estado de absoluta inconsciencia mental, quizás a base de una droga o de unas corrientes sobre el

cerebro. De ese modo, ella se convertía en un autómata que diría, justamente lo que ellos querían que dijese. Ella, que conoce a cada miembro de la International Sanitary Asociation, identificaría enseguida a un falso médico, porque así le había sido ordenado. Y, como el paciente de un experimento hipnótico o el que ha ingerido pentotal u otra droga similar, diría la verdad crudamente, sin reflexionar, sin razonar, sin pensar siquiera lo que decía. Como un robot que actúa, bajo voluntad ajena.

—Ahora entiendo. La doctora era su «detector» secreto.

—Exacto. Su última oportunidad. Y resultó mejor que el ojo magnético, mejor que los Rayos X y que los contadores. Quizás el ser humano sea la máquina más perfecta, cuando se sabe manejar...

—Diablo, es posible que sí, Stark. Esa bonita doctora estuvo a punto de enviarnos al infierno, bien ataditos de pies y manos.

—Pero involuntariamente, recuérdelo —sonrió Stark, mirando pensativo hacia la inconsciente doctora—. No le guarde, pues, el menor rencor por ello.

—Lo intentaré, se lo aseguro —suspiró Cranston—. Bien, ahora ya hemos inyectado a todo el mundo. ¿Qué hemos de hacer? El satélite es nuestro, su gente también, tanto científicos como técnicos y reclusos. Ahora, ¿cuál será el siguiente paso?

—¿El siguiente paso? —Stark frunció el ceño, pensativo—. Creo que está bien claro. Cranston.

—No le entiendo.

—Ahora, hemos de inyectarnos nosotros mismos la novocilina, para no ser contagiados...

—¿Y después?

—Después... a esperar.

—¿Esperar?

—Eso es. Esperar cuarenta días. Una cuarentena siempre es larga. Pero necesaria. Hemos traído drogas suficientes, inyectables de sobra para cuarenta días de tratamiento a la totalidad del personal del satélite de la energía. Todo un sector, herméticamente aislado, se utilizará para los convictos enfermos. Otro, separado de aquél, pero igualmente cerrado, será el de los tripulantes atacados de azulemia. Y en un tercer lugar, aislados de todos los demás, permaneceremos usted y yo, Cranston. Cuidando de este satélite llevándole a buen puerto con nuestro solo esfuerzo, y lo poco que puedan hacer los enfermos menos afectados, siempre sin salir de su límite de acción.

—¿Nosotros también en cuarentena?

—No exactamente, Cranston. Si dentro de cinco días seguimos sin ser atacados por la azulemia, será indicio claro de que no estamos inoculados del virus. Y podremos abandonar el Satélite, previa consulta a nuestros jefes en la Tierra, para ser relevados por otros agentes de la S.I.P. y del Science Brand.

—De acuerdo, Stark. Usted tiene razón. Afrontaremos la cuarentena todos.

Creo que es necesario guardar precauciones para que la azulemia no se extienda más...

Stark meneó afirmativamente la cabeza. Luego, manifestó con lentitud:

—Recuerde que será una cuarentena muy breve la nuestra: cinco días como máximo. Si estamos bien, naturalmente...

Cranston preguntó:

—¿Y... si se presenta la azulemia?

—Entonces, serán cuarenta días. Inexorablemente, Cranston. Vigilándonos el uno al otro, para que ninguno, llevado de una momentánea locura, provocada por el mal, trate de abandonar el satélite, portando el terrible virus consigo.

Waldo Cranston asintió con gravedad.

—Lo entiendo, Stark —murmuró—. Yo impediré que usted salga. Y usted impedirá que sea yo el que me marche de aquí, si no hay pruebas de nuestra común inmunidad a la dolencia. Dios quiera que no enloquezcamos los dos a la vez, y cometamos una atrocidad irreparable.

Rod Stark no dijo nada. Pero pensaba lo mismo que su compañero. No iba a ser agradable quedarse a bordo del satélite de la energía, aislado de todo y de todos, girando en órbita, alrededor de la Tierra, rodeado de gentes enfermas, encerradas en improvisados lazaretos, sin poder confiar en nadie.

Sin embargo, no había otra alternativa. Habían salvado la primera parte de su misión. Ahora, quedaba la segunda. Que tal vez sería la peor y la más larga de todas. No luchaban ahora contra un grupo de presidiarios sublevados, sino contra una epidemia que afectaba, en un setenta u ochenta por ciento de los casos, a la mente de los contagiados.

Entre esos setenta u ochenta de cada cien, podían estar ellos. Y entonces, si ellos que eran los enviados por la S.I.P. y la Science Brand, para cuidar del satélite más peligroso de todos los tiempos, fracasaban en su empeño, ¿qué sucedería?

Porque desde la Tierra no sería enviado nadie, más. Así lo habían sabido siempre. Y así se les había comunicado de nuevo, tras informar de su triunfo sobre los piratas.

Cada persona enviada al satélite sería otro posible enfermo, otro inoculado, otro ser peligroso en potencia.

Y había ya demasiados a bordo, que ni siquiera podían ser evacuados, porque eran todos casos agudos de azulemia, que hubieran propagado el virus por doquier, nada más pisar el planeta.

Ahora empezaba la cuarentena. Podían ser cinco breves días. O cuarenta largas fechas, encerrados en aquel cuerpo celeste que giraba en torno a la Tierra.

Si nada ocurría en cinco días, si todo continuaba normal, a lo largo de ciento veinte horas, podrían volver a la tierra los dos, o uno de ellos, para

regresar con nuevo personal sanitario y militar que ocupase el satélite repleto de infecciosos.

Pero si en esas interminables ciento veinte horas sus uñas se azulaban, o el globo de sus ojos cobraba un tono suavemente azul... Si su temperatura aumentaba considerablemente, y perdían la memoria y empezaban a tener ideas raras... significaría que el «Virus Z» habría hecho presa en ellos.

Sólo cabía esperar. Esperar...

CAPÍTULO IV

LA ESPERA


OMO puedo excusarme con usted, por mi incalificable actitud, al unirme a esos asesinos y bandoleros, señor Stark?

—¡Oh! por Dios, no tiene nada que explicar, doctora Farrell —sonrió Stark, desde detrás de su capucha de plástico aislante, tras extraer de la vena de la doctora la aguja con que inyectara la novocilina—. Sé lo que sucedió. Estaba en trance hipnótico.

—Nunca hubiera imaginado tener tan débil mi mente, como para dejarme hipnotizar por unos forajidos.

—Doctora, en primer lugar no fueron los forajidos quienes la hipnotizaron, sino un procedimiento electrónico de captación de ideas. Y en segundo lugar, su cerebro está muy debilitado a causa de la azulemia.

—¿Cree de veras que sanaré pronto de mi dolencia?

—Usted es doctora, mientras que yo soy solamente un profano, que fingió ser médico. Por lo tanto, creo que sabe la respuesta mejor que yo.

—A pesar de no ser médico, lo finge muy bien —rio ella—. Además, nos está atendiendo como tal a todos los tripulantes del satélite.

—Hacía falta un agente que supiera algo sobre azulemia y su tratamiento. Me eligieron a mí. Eso es todo. No podían enviar a un médico. Ni podían hacer sospechar a Morano con un exceso de personal para asistirles. Ahora, reducido Morano, harían falta médicos. Pero creen que más gente en un satélite aislado en cuarentena, no haría sino complicar y prolongar más las cosas. Es preferible que yo me ocupe de todo.

—Es atinado. Además, ya le digo que lo hace bastante bien.

—Gracias, doctora. Sin embargo, quisiera que usted me ayudase.

—Estoy a su disposición. ¿Qué necesita de mí?

—Una ayuda absoluta. Pero eso no es posible aún. Al menos, no hasta que esté curada por completo.

—¿Falta mucho para eso, según usted? A pesar de ser doctora, confío más en su veredicto que en el mío.

—Allá usted —Stark se encogió de hombros—. Yo opino que dentro de

pocos días estará completamente bien. Es la que menos intensa tiene la enfermedad, y la que pasó la crisis hace más tiempo. Pero es un criterio totalmente profano. No le haga demasiado caso.

—Supóngase que le hago caso... «doctor» —sonrió suavemente la joven, con expresión risueña en sus ojos de tono jaspeado, en la mueca alegre de sus carnosos labios rojos.

—Entonces no me exija responsabilidades —comentó Stark, alejándose de ella—. Sería el primero en desear que tuviese razón. Pero me temo que no puedo ofrecer demasiadas garantías clínicas...

Salió de la estancia, donde la doctora Farrell compartía su penosa vida de cuarentena con una larga hilera de personas del satélite, tendidas en literas alineadas al fondo.

Cerró herméticamente desde fuera, desconectando la cerradura eléctrica al hacerlo. Lamentaba tener que hacerlo, captaba cada día el gesto de desaliento y desesperanza de la joven Elma Farrell, doctora a bordo del satélite de la energía, pero era preciso mantener rígidamente las prevenciones mínimas.

Waldo Cranston, dentro de su hermético uniforme, de plástico refractario, le esperaba en el corredor. Ambos evitaban todo contacto, todo posible roce directo, por si uno de ellos llevaba ya consigo el virus. Solamente se encontraban a las horas de prestar atención médica a los enfermos. Luego, cada uno se aislaba del otro. Como dos solitarios. Como dos seres perdidos, en aquel cuerpo celeste que giraba en torno a la Tierra, muy lejos en el espacio.

Siempre esperando... Esperando el primer síntoma, el momento de comprender que el virus iba con ellos, y que era preciso iniciar la cuarentena, como todos los demás.

En caso contrario, ya quedaba poco tiempo. Muy poco, para volver a la Tierra, para terminar la pesadilla.

Los ojos de Stark se fijaron en el calendario eléctrico de la pared. Iban tres fechas. Tres días ya, de los cinco previstos.

—¿Todo va bien, Stark? —preguntó Cranston.

—Todo —asintió Stark—. No creo que haya ningún caso mortal. Y los enfermos mejoran.

—Eso está bien. Si nosotros no enfermamos ahora, la aventura se habrá terminado.

Rod Stark asintió. Los dos hombres siguieron adelante por el corredor. Ahora iban a atender a los reclusos, asegurados en las celdas interiores del satélite, bajo la vigilancia de ojos electrónicos y cerraduras magnéticas.

La espera continuaba. ¿Hasta cuándo?

Stark no podía saberlo. Cranston, tampoco.

*   *   *

La pigmentación azul apareció en las uñas de Rod Stark justamente al otro día, uno antes del final del plazo previo. Luego, el lívido azul, indicio claro del avance de la enfermedad, se trasladó al globo de sus ojos.

Waldo Cranston obró activamente. En cuanto descubrió la presencia del virus internó a Rod en una cámara aislada y acudió rápidamente a informar a la doctora Farrell.

—Stark ha caído —informó escuetamente—. Tiene la azulemia.

—Dios mío... —la doctora se humedeció los labios con la puntita de su rosada lengua—. Es terrible.

—Sí, francamente terrible. Eso indica que hemos perdido mucho tiempo. Y que ahora empieza realmente lo malo. Estamos en cuarentena ya. Cuarenta días más se prolongará la espera. Ahora, Stark empieza su propio calvario.

—Lo entiendo, señor Cranston. Pero ¿qué puedo hacer yo? Estoy enferma, como ellos. Ahora sólo queda usted.

—Yo... —Cranston se pasó una mano enguantada por la superficie amarilla, transparente, de su caperuza plástica—. Sí, doctora. Yo solo. Por eso acudo a usted. La necesito.

—¡En qué forma puedo ayudarle? Sigo mi propia cuarentena, no puedo dejarla...

—Escuche, por el amor de Dios —pidió Cranston —... Voy a informar ahora a la Tierra de la situación originada por el mal de Stark. Pero sé que ellos no quieren enviar a nadie más a bordo. Deberemos resolver las cosas nosotros solos. Esto es como un lazareto[1], un lugar maldito, donde todo el que entra se contagia. La contaminación está en todo. En el aire, en lo que tocamos, en la atmósfera artificial del satélite, quizás en nuestras ropas, en nuestra piel, en los objetos que nos rodean, Cuanta más gente envíen, más casos existirán. Y si evacúan el Satélite la plaga se extenderá a toda la Tierra. El virus, evidentemente, actúa muy fuertemente aquí.

—Es verdad, Cranston. Jamás la azulemia fue tan virulenta.

—Doctora Farrell, usted es el enfermo del satélite que, a juicio de Rod, está en mejores condiciones, y con mayor salud, más equilibrio mental y físico, y posee mayores facultades para cuidar de los demás. Rod ha caído. Supóngase que caigo yo. ¿Qué ocurrirá entonces?

—Sí, las cosas se pondrían muy mal —asintió ella, con un suspiro.

—Es lo que trato de hacerle entender. Y veo que lo entiende. Doctora, no me importa que sea una paciente. Me inspira confianza. Atienda a Rod Stark... ayúdeme. Y atiéndame a mí, si lo peor ocurre.

Elma Farrell reflexionó. Su bonita faz, bajo la rubia melena, se ensombreció, bajo el peso de meditaciones nada fáciles. Por fin movió la cabeza en sentido afirmativo. Y declaró:

—Está bien. Cuente conmigo, aunque no sé hasta qué límite seré humanamente capaz de llegar, señor Cranston. El satélite no se quedará abandonado, ni sus tripulantes a merced de la muerte, si Dios me da las fuerzas necesarias para seguir adelante durante cuarenta días, caso de caer usted.

—Gracias, doctora —suspiró Waldo Cranston—. Ahora estoy más tranquilo... aunque suceda lo peor.

Lo peor sucedió cuarenta y ocho horas después. Era el retorno al primer día de la cuarentena. Otra vez a contar: uno, dos, tres, cuatro, cinco... y así hasta cuarenta.

Waldo Cranston mostró a la doctora Farrell sus uñas azules, cuando acudió a inyectarle, como cada día. Ella asintió, comprendiendo.

Ahora, la responsabilidad caía sobre sus hombros. Estaba sola en la nave. Sola, rodeada de enfermos. Quizá de locos en potencia, como ella misma había estado a punto de sentirse.

¿Sería capaz la doctora Farrell de seguir adelante con su tremenda misión de humanidad?

Pidió fuerzas a Dios, después de haber encerrado a Waldo Cranston, en otra cabina aislada. Luego, le inyectó una dosis intensa de novocilina y le dejó dormir, en febril inquietud.

Se asomó a la cámara donde se hallaba, igualmente aislado, Rod Stark. La doctora contempló con ternura al joven inconsciente, dormido sobre el lecho. Tocó su frente y sus manos, húmedas y pegajosas. La fiebre le consumía. La crisis de la azulemia, estaba en todo su apogeo. En sus pesadillas febriles balbuceaba cosas incoherentes, incomprensibles.

Elma Farrell salió lentamente de la cámara y la cerró tras de sí. Sentíase terriblemente sola y abandonada. Se encaminó a la cámara de controles para comunicar con la Tierra. Sabía dónde estaba la radio-televisión interespacial, que comunicaba la nave orbital con el planeta. Pediría auxilio, presentaría la situación con sus tintes más graves, incluso mentiría, declarando que era imposible resistir, que ella estaba enferma, que todos morirían, si alguien no acudía a salvarles.

Sabía cuál era la tesis de los terrestres en ese sentido. Cada nuevo emisario al satélite infectado era un nuevo candidato a la plaga. No había muchas dudas al respecto. Ahora, el caso repetido en Waldo Cranston y en Rod Stark así lo confirmaban. Eso serviría de corroboración a las autoridades de la Tierra, de que su criterio era atinado. No enviarían absolutamente a nadie, para no arriesgar más vidas, en una lucha inútil contra la virulenta epidémica.

Pero a pesar de saber todo eso, Elma Farrell estaba dispuesta a luchar por obtener la improbable ayuda.

Entró en la sala de mando y controles. Se movió hasta el tablero destinado a comunicar con la Tierra. Probó la pantalla de televisión. En vano. No

apareció imagen alguna en el recuadro fluorescente del televisor. Por la banda del sonido no llegaron sino interferencias, sonidos inidentificables y parásitos del vacío. Pero nada más.

Desesperó de comunicar por televisión, y probó en la onda de radio a superdistancia. Con estupor, comprobó que los mandos no funcionaban. Intentó establecer contacto en vano. Tras varios esfuerzos en ese sentido, así como en el de escuchar algún sonido inteligible a través de los receptores de a bordo, se incorporó, aturdida, y contempló, con ojos atónitos, el «tablier» inutilizado de la sección de radio del satélite.

Todo esfuerzo era inútil. La radio no funcionaba! la televisión tampoco. No emitía ni recibía señal alguna. No existía contacto con la Tierra.

Le costó irse habituando a la escalofriante idea que asaltó su mente un momento después. Estaba sola, abandonada a su merced en un satélite inmensamente grande, e inmensamente peligroso. Ella sola manejaba una plataforma espacial ingente, con tubos de condensada energía solar, capaz de destruirlo todo, y tenía a su merced a una tripulación formada por asesinos y por científicos, enfermos todos de una grave epidemia que ella misma padecía.

Sólo dos hombres podían ayudarla: Rod Stark, de la SIP, y Waldo Cranston, de la Science Brand. Y ambos estaban ahora en pleno período febril de la epidemia, reducidos poco menos que a la impotencia, quizás en vísperas de jornadas en que la demencia llegaría a hacer presa en ellos.

Eso era lo que tenía en derredor. Y, por si todo no formase de por sí un pavoroso, terrible, estremecedor panorama, algo mucho más dantesco y aterrador sucedía, viniendo a empeorar la situación de una mujer abandonada a su suerte como jamás lo estuvo mujer alguna en la historia del mundo.

No podía comunicarse con la Tierra ni recibir noticias de allí. Estaba sola, más sola de lo que jamás pudo pensar en estarlo, aislada de todo ser humano, de todo lugar habitado por gentes que pudieran acudir en su auxilio, que pudieran, al menos, escuchar sus palabras y enviarle otras de simple consuelo.

Estaba... sorda y muda, flotando en los inmensos espacios siderales, describiendo una órbita sin fin, que sólo podía terminar con la muerte, a doscientas veinte mil millas del planeta Tierra...

CAPÍTULO V

¡AISLADOS EN EL ESPACIO!



O había intentado una y otra vez. Desesperada, se mordió los nudillos para no estallar en sollozos.

De nuevo había fracasado. Un intento más, con el mismo resultado negativo de antes. Tal y como ella lo había previsto antes, incluso, de realizarlo.

Con los dos hombres lo intentó. Primero con Rod Stark, luego con Waldo Cranston.

Ambos la escucharon al parecer con gran atención. Una atención que despertó las esperanzas de la muchacha. Luego, en ambos casos, la desesperanza resultó mucho mayor, la decepción más amarga y dolorosa.

Rod Stark, sin perder la fijeza de su mirada, clavada en ella, movió estúpidamente la cabeza, se tocó ojos, con ambas manos y gimió, cansadamente:

—Quiero dormir... Me duele la cabeza. Mucho... Déjeme dormir. Hablaremos otro día...

Así había terminado la charla con Stark. Luego, ella acudió a Cranston, se esforzó por hacerse comprender. Cranston, al final de la entrevista, soltó una larga, crispada carcajada, y allí terminó el intento. Aún reía el hombre de la Science Brand, cuando Elma Farrell se alejó, disponiéndose a cumplir su penosa tarea diaria de inyectar a cada uno de los hombres sometidos a cuarentena en el lazareto del espacio que era ahora el satélite de la energía solar.

Elma Farrell seguía sin recibir noticias de la Tierra ni poderlas emitir ella. Esperaba que aquel silencio, aquella falta de contacto de radio y visión entre el planeta y el satélite, hiciera actuar de algún modo a las autoridades. Pero no pasaba de ser una simple esperanza, que tal vez, jamás se confirmase.

Así fueron pasando los días. La cuarentena, a bordo del satélite, discurría lenta, interminable, fatigosa... A veces, la mente se negaba a contar, a evocar los días sin fin, lentos y agobiantes.

Pero entonces el implacable tictac de los relojes eléctricos, de automático funcionamiento, le recordaban el tiempo. Y los calendarios magnéticos iban señalando, día a día, las fechas que transcurrían.

Uno... Dos... Tres... Cuatro... Cinco... Seis...

Diez... Once... Doce... Trece... Catorce...

El día número cuarenta se veía tan lejano aún, que Elma Farrell sentíase más y más, abatida, más y más desesperanzada...

Y entretanto, el satélite de la energía solar seguía circunvalando la Tierra, movido por su propia marcha orbital y por los mecanismos de a bordo, automáticos todos, que la propia energía solar acumulada iba haciendo funcionar con asombrosa precisión, sin necesidad de manos humanas que cuidasen de su complejo sistema.

Gracias a eso, Elma Farrell seguía viajando por el espacio, en su órbita definida. A pesar de estar completamente sola, en un lazareto flotante en los espacios, rodeada de seres inconscientes o muy enfermos, y separada del resto de los humanos por la tremenda barrera de silencio que las averías de la radio y televisión habían situado entre el satélite y la Tierra...

* * *

—Doctora Farrell, ¿está segura de lo que dice?

—Completamente, profesor —musitó ella, dominando con dificultad los sollozos—. Soy la primera interesada en que eso sea cierto. Le he asistido, como a todos, día a día, desde que mis compañeros cayeron enfermos. Y sé lo que me digo. Está totalmente curado, fuera de todo peligro. La azulemia ha pasado, gracias a Dios. Al menos, para usted.

El profesor preguntó:

—¿Y... para los demás?

Elma Farrell clavó sus ojos en el profesor Bozniak, declarando lentamente:

—Es posible que ahora, día a día, vayan dándose altas en los enfermos. Ése es mi deseo. El que pase los cuarenta días sin reponerse, jamás lo hará. Y será necesario aislarle, encerrarlo como si fuera un perro rabioso y cruzarnos de brazos, esperando que muera.

—¿No hay otra alternativa?

—No la hay, profesor Bozniak. Es duro, pero cierto. Hemos de afrontar las realidades, con toda su crudeza. Yo, al menos, me he habituado ya a ello.

El profesor centroeuropeo contempló admirativamente a la joven y meneó su ancha, maciza cabeza, de oscuros cabellos.

—Es cierto, amiga mía —declaró—. Usted sabe muy bien de esas cosas, después de semanas enteras en soledad, rodeada de enfermos, en silencio forzoso. Ha tenido que sufrir mucho. Admiro su entereza y su valor. Todos los que sobrevivamos, le deberemos mucho. E incluso los que hayan de morir tan brutal, tan despiadadamente como la incurable azulemia exige, cuando no ha podido ser atajada, lo harán porque no hubo otro remedio. Usted luchó por impedirlo, mucho más que pudo haberlo hecho cualquier otro ser humano.

—No lo crea, profesor. Hubo otros dos hombres magníficos, dos héroes que vinieron a salvarnos de las garras de los sublevados y a atendernos en nuestro mal. Ellos también lucharon, hasta caer víctimas de la enfermedad.

—Bien, pero ellos eran hombres. Ellos pudieron ser auténticos héroes. Sin embargo, usted es más heroína que ninguno de ellos, en el trance terrible de tener que afrontar responsabilidades tan enormes.

—Ellos cayeron víctimas del mal. Tenía que hacerlo.

—Moralmente, sí. Tenía que hacerlo. Pero nadie podía obligarla a ello. Ni siquiera su conciencia. Y sin embargo, usted lo hizo. Llegó hasta el mismo fin. Logró salvarnos a todos. Porque estoy seguro de que igual que salvó mi existencia, salvará otras muchas. Las de todos mis compañeros, las de todos los que aquí habitan, salvo aquéllos que no puedan en modo alguno ser librados del fin irremediable.

El profesor hizo una pausa. La doctora Farrell, inclinando su bello rostro hacia el suelo, aceptó el elogio con humilde conformidad. Después, sonrió débilmente a su interlocutor.

—He hecho lo que me fue humanamente posible. Bien o mal, no podía hacer más. Estoy satisfecha de mi misma. Pero es necesario que sepa nuestra situación, profesor. No tenemos comunicación alguna con la Tierra. Estamos aislados, lejos de toda escucha de la Tierra, lejos de toda persona a quién podamos oír. Los receptores y transmisores del satélite no funcionan. No viene nadie en nuestra ayuda. Creen que con nuestras propias fuerzas nos bastaremos. Y no se dan cuenta de que es inhumano. De que pudimos haber muerto mil veces en estos cuarenta días tan terribles...

El profesor Bozniak no dijo nada. En vez de eso, moviendo la cabeza de un lado a otro. Finalmente, manifestó con voz lenta:

—Mi querida doctora, ¿se ha dado cuenta de que cualquier persona enviada en nuestra ayuda no hubiera hecho sino complicar las cosas y aumentar el número de enfermos, dificultando la situación, y haciendo más precario el momento de todos nosotros?

—Sí, he pensado en ello muchas veces. En realidad, me ha sobrado tiempo para pensar en todo. Admito que, a su manera, ellos tienen razón. Tal vez han obrado con prudencia. Pero debieron de pensar también en nosotros. Ahora, las cosas empiezan a mejorar. Sin embargo, es nuestro propio esfuerzo el que ha hecho el milagro.

—Tal como tenía que ser —sonrió Bozniak—. Todos los conquistadores del espacio, como antes lo hicieran en el pasado los de tierras y mares remotos, han de poner algo en la empresa. Lo mejor de sí mismos, para hacer más hermosa y grande su empresa. Así nos ha ocurrido a nosotros. Ahora, tal vez la central de energía solar sea una realidad y no un sueño. Se deberá, ante todo, al ingenio humano. Pero también a nuestro sacrificio, a nuestra actitud de resignación y de humana entereza, doctora Farrell. Usted, seguramente, irá

algún día a la cabeza de toda la larga lista de héroes que hicieron posible esto.

—No he venido en busca de elogios, profesor. Solamente quería decirle que usted está ya a salvo. Y que puede serme muy útil, si desea luchar.

—¿Luchar, dice? He luchado por mi vida anteriormente. Lucharé ahora por la de los demás, tanto como por la mía propia, a partir de este momento.

—Gracias, profesor —suspiró la muchacha—. No sabe lo que significa para mí verme ayudada por alguien. Parece tan sorprendente, después de más de un mes, verme en compañía de alguien...

—Váyase habituando —rio el profesor—. Ahora, vamos a ser compañeros. Ocurra lo que ocurra...

Ella sonrió. Miró hacia las restantes camas de enfermos del satélite. La mayor parte de ellos, como el propio profesor Bozniak, estarían pronto en pie, totalmente curados. Y sería el momento de iniciar el embate final contra tanta adversidad.

Al día siguiente, fue el profesor Landi, el ampuloso italiano del cuerpo científico de a bordo, quien salió de todo peligro, siendo dado de alta. Posteriormente, dos técnicos del satélite, Pierce Bagg y Sandor Sebak. Luego, el doctor McNamara, experto en psicología espacial, y la redactora y presentadora de la World TV, o Televisión Mundial, Dana Gaylord, que dirigía el programa semanal «Lo mejor de nuestros días». Sin duda su programa llevaba algún tiempo sin aparecer en las pantallas estereoscópicas y coloreadas de la televisión de entonces, o había reservas de programas de relleno para una larga temporada. Porque ella era una de las personas obligatoriamente sujetas a la cuarentena rigurosa de la azulemia. Desde que el satélite de la energía solar abandonó la Tierra, pocos serían los metros de film impresionados que ella podría haber enviado a los Estudios Interworld Televisión Company, de Nueva York.

Así, poco a poco, el personal de a bordo fue volviendo a la normalidad. La cuarentena quedaba atrás... excepto para Rod Stark y Waldo Cranston, que eran los últimos en haber adquirido la dolencia. Y, por tanto, también los últimos en sanar de ella... si es que sanaban.

* * *

Pierce Bagg y Sandor Sebak miraron fijamente a la doctora Farrell. Luego, el primero de los dos técnicos pidió con voz suave:

—Por favor, ¿quiere repetirnos lo que ha dicho antes, doctora?

Elma Farrell parpadeó, sorprendida. Luego, tras respirar con fuerza, manifestó:

—Creo habérselo explicado con detalle, señores. Cuando, traté de comunicar con la Tierra, para informar de nuestra desesperada posición, todo lo que encontré fue el silencio absoluto. Ni recibía noticias, ni podía enviarlas. Estábamos aislados de la Tierra, perdidos en el espacio. Yo sola, con todos

ustedes enfermos. ¿Creen que aún debo dar explicaciones concretas de lo que entonces hice por el bien común y por...?

El técnico Sebak hizo un vivo gesto. Con claro tono eslavo, manifestó gravemente.

—Por favor, doctora, no nos juzgue mal a Bagg y a mí. Los dos tenemos que saber lo que ha sucedido, antes de hacer conjeturas arriesgadas. Somos técnicos, expertos en radiotelevisión, electrónica y radar. Nuestra labor en ésta, como la suya fue salvarnos de la muerte, y la de esos dos hombres, Stark y Cranston, librarnos de los piratas que dirigía Glenn Morano. Le estamos muy agradecidos, doctora, por su labor. Pero queremos que nos detalle los hechos. Esta avería en los transmisores y receptores tiene algo de extraño.

—¿Extraño ha dicho? —se sorprendió la doctora Farrell.

—Sí. Sin embargo, usted asegura que cuando estuvo sola por completo, a bordo del satélite de energía, con todo el personal enfermo, es cuando trató de comunicar con la Tierra estérilmente...

Ella le interrumpió:

—Eso es. Intenté avisar de la situación a bordo del satélite. No pude hacerlo. Nadie respondió. Luego descubrí que en realidad tampoco nadie podía escucharme. Estábamos aislados en el espacio, sin comunicación con ningún ser viviente.

—Y en ese momento... ¿no había «nadie» realmente sano, capaz de manipular los mecanismos de radio y televisión? —indagó vivamente Pierce Bagg.

—Claro que no. Me había quedado yo sola —ella miró con extrañeza a ambos hombres—. ¿Qué pretenden insinuar?

—Sencillamente, doctora Farrell. Pretendemos insinuar algo que ni siquiera es insinuación. La avería fue provocada.

—¿Qué?

—Justamente lo que ha oído. La avería que nos aísla de la Tierra se provocó intencionadamente. Alguien, entre los enfermos de a bordo, estaba menos enfermo de lo que aparentaba... o se hallaba realmente curado ya, y lo ocultó cuidadosamente para no despertar las sospechas de Cranston, Stark y de usted misma. Esa misma persona... estropeó todo el equipo de radiotelevisión, y nos dejó abandonados a nuestra suerte.

—¡Dios mío! —se horrorizó la doctora Farrell—. Pero... ¿por qué?

—Eso nos preguntamos nosotros. ¿Por qué? —repitió el técnico Sebak, con voz tensa—. Y no encontramos respuesta, doctora. Pero, sin duda, algo realmente siniestro se ha debido de planear para llevar a efecto una cosa así...

* * *

Nunca deseó tanto la doctora Farrell que los dos hombres contagiados a

última hora, Stark y Cranston, estuviesen sanos, para poderla ayudar en aquel nuevo trance terrible que había caído sobre el satélite.

Cuando todo parecía resuelto, cuando la cuarentena quedaba atrás, súbitamente emergía otro peligro más terrible e impalpable. ¿Quién pudo desear el aislamiento del satélite de la energía en el espacio?

Bagg y Sebak habían interrogado ya a Glenn Morano. Pero el rufián denegó con una risotada la posibilidad de que él hubiera hecho semejante atrocidad, y declaró que aquéllas eran cosas que hacían las gentes que se llamaban a sí mismas «de bien», no los trúhanes como él.

Morano, al ser aprehendido, dejó en buenas condiciones el equipo de radio y televisión. Por tanto, después alguien lo alteró, lo estropeó irremisiblemente. ¿Quién, si todos estaban enfermos, cuando Stark y Cranston les atendieron? O pretendían estarlo, naturalmente. Cualquiera de ellos pudo fingirse enfermo, sin estarlo tanto como aparentaba, cuando Cranston y Stark, dos profanos, les atendían con su mejor voluntad y sus precarios conocimientos clínicos, nada profundos para saber distinguir entre un enfermo real y un espléndido comediante.

Pero Elma Farrell sabía algo más. El que estropeó los mecanismos de radio de a bordo sabía mucho sobre radio y televisión. Era un auténtico experto, capaz de estropear un emisor y receptor, sin posibilidad de reparación, con el mínimo esfuerzo. Había sido un trabajo rápido y limpio, a juicio de Bagg y Sebak.

Elma desechó la idea de recurrir a Stark o a Cranston, ya que ambos estaban aún sometidos a la acción febril de su dolencia, y era mejor dejarles continuar el proceso clínico, sin apremios o esfuerzos que podían perjudicar su ritmo de curación, lento pero seguro.

Se encerró la joven doctora en su alojamiento del satélite y tomó algo que, hasta entonces, solamente había tenido un valor puramente clínico para ella, una estadística sanitaria, sin otra importancia que la puramente médica, respecto al curso de la enfermedad.

Allí tenía anotados a todos los miembros que, a bordo del satélite, y por orden de aparición de la epidemia, cayeron enfermos, en plena crisis.

Los primeros nombres correspondían, justamente, a los primeros en haber sanado: el profesor Bozniak, el profesor Landi, el doctor MacNamara, la reportera de televisión, Dana Gaylord. Y, anteriormente a todos ellos... ella misma, la doctora Elma Farrell.

Allí, en aquella lista, podía estar la clave del enigma. Uno de los hombres señalados tal vez estaba ya entonces fuera de peligro. La cuarentena nunca era rigurosa, exacta, sino más bien un período razonable, prudencial, para cortar toda posibilidad de contagio, de virulencia en el enfermo.

Y si uno de los supuestos enfermos estaba sano, ¿no pudo ser el que destruyó la emisora y el sistema receptor?

Volvió a leer los nombres: el profesor Bozniak... el profesor Landi, el doctor MacNamara... la reportera Dana Gaylord... Cuatro nombres. Cuatro personas. Cualquiera de ellas pudo ser.

Pero... ¿quién? Y, sobre todo, ¿por qué?

—¿Por qué, Dios mío? —musitó Elma Farrell, para sí—. ¿Quién puede tener interés en mantenernos lejos del mundo, lejos de todo apoyo?

La pregunta, en aquellos momentos, carecía de respuesta.

Elma guardó la lista en un cajón. Recordaría siempre los nombres allí registrados. El profesor Bozniak, un centroeuropeo, un sabio que parecía alejado de los problemas humanos, por la propia razón de su ciencia. El profesor Landi, un italiano cordial y sonriente, que parecía feliz por haber dejado atrás el fantasma de la azulemia. El doctor MacNamara, de los laboratorios del satélite, la reportera Dana Gaylord, pelirroja y bien parecida, para la que solamente la televisión y su cámara tenían auténtica importancia.

Se repitió una y otra vez los nombres, las circunstancias. Les dio vueltas arriba y abajo, calculó las posibilidades. Todo inútil. Al final de sus esfuerzos seguía tan en tinieblas como al principio.

Sí, tal vez uno de los cuatro, ciertamente. Acaso uno de ellos, pese a su aparente nobleza e inocencia, fue capaz del sabotaje inaudito, incalificable. Pero fuese quien fuere, y mientras no se demostrara quién y por qué motivos, la incógnita seguiría siendo siempre la misma. Angustiosa, casi obsesiva: ¿Por qué...? ¿Por qué...?

Cualquiera podía ser culpable del sabotaje. Pero ¿y los motivos?

Eso era lo que Elma Farrell no lograba resolver. La respuesta, que nunca llegaba, a la incógnita más desconcertante, en torno al suceso inexplicable, a bordo del satélite de la energía...

CAPÍTULO VI

¿QUIÉN? ¿POR QUÉ?



STABAN todos reunidos allí. Los profesores Landi y Bozniak, el doctor MacNamara, la reportera Dana Gaylord, reclinada en un sofá, con sus bellas piernas al aire y la roja llama de su cabello ondeando rebelde a cada movimiento impetuoso de su cabezaSDE la ventana, con el rostro medio.

—Me gustaría saber por qué nos ha reunido aquí, doctora Farrell —indagó el profesor Landi con tono afable, como siempre hablaba el moreno, enjuto italiano, de faz astuta—. Esto parece talmente una tertulia de viejos amigos...

—Yo diría que es algo mucho menos agradable y amistoso, doctora —intervino con tono ácido el doctor MacNamara—. Por ejemplo... una reunión de acusados.

La biliosa frase pareció caer sobre todos como un trallazo. Volteando los rostros inquietos hacia MacNamara. El doctor sonreía, sarcástico, como satisfecho del golpe teatral que había logrado asestar al grupo.

—¿Acusados, dice? —se engalló la llamativa pelirroja Dana Gaylord—. ¿Acusados de qué, doctor? Es una idea disparatada.

—Pues para ser un disparate parece usted bastante airada, señorita Gaylord —comentó MacNamara, siempre hiriente—. ¿De veras no sabe a qué me refiero?

—No creo que lo sepa nadie, doctor —replicó fríamente el profesor Landi—. La doctora Farrell, compañera nuestra en el equipo técnico-científico del satélite de la energía, o «lata de conservas solar», como muchos la llamamos en principio burlonamente, nos ha rogado asistamos a esta reunión, en la que pretende poner algo en claro. Me parece perfectamente razonable que las cosas dudosas se resuelvan, de mutuo acuerdo y sin suspicacias. Por mi parte, no tengo nada que ocultar. Espero que sea mi tranquilidad de conciencia la que me conceda esa calma ante los hechos ajenos.

—¿Insinúa que mi conciencia no está tranquila, como la suya, y por eso temo cosas diferentes? —se irritó MacNamara, bizqueando sus estrechos y acerados ojos.

—Yo no insinúo nada, mi querido doctor. Me limito a exponer mi caso particular —Landi se encogió de hombros—. Allá cada cual con el suyo.

—El profesor Landi tiene razón —apoyó ahora suavemente Bozniak, anticipándose a la explosión temperamental que se adivinaba, en MacNamara

—. Opino exactamente igual que él. En tanto no nos diga la doctora Farrell lo que desea de nosotros, es tonto hacer suposiciones más o menos arriesgadas. ¿Por qué no urjamos que ella misma se explique y nos ahorre discusiones estúpidas?

Los presentes miraron a su anfitriona, la doctora Farrell. Elma les había reunido en su propio alojamiento del satélite y les estudiaba en silencio, mientras ellos discutían entre sí. Parecía ir haciendo cálculos sobre cada uno de sus interlocutores a medida que les oía hablar.

Sonrió Elma Farrell y declaró bruscamente:

—Lamento decírselo, señores. Pero en cierto modo el doctor MacNamara tenía razón antes. Ésta es una reunión de acusados.

—¿Qué quiere decir con eso? —se sorprendió Bozniak.

—Van a saberlo muy pronto. Para ello, hablarán ante ustedes Pierce Bagg y Sandor Sebak, técnicos de electrónica, radio y televisión, a bordo del satélite. Ellos les revelarán cómo alguien, una mano criminal sin duda, accionó los mandos y mecanismos de la radio y comunicaciones de a bordo, dejándonos totalmente aislados del resto del mundo.

—Usted dijo que era una avería... —comenzó Landi.

—A mí, entonces, me pareció una avería —replicó ella, vivamente—. No podía imaginar que entre una pléyade de enfermos de azulemia hubiere alguien que no estuviera tan enfermo como decía, y pensaba en cometer un sabotaje tan feroz e injustificable como el que estamos tratando.

—Pudo causar nuestra muerte total, ¿no es cierto, doctora? —preguntó Dana Gaylord, cruzando descaradamente sus piernas, sin preocuparse de la presencia de los hombres en la reunión. Aunque el carácter científico de esos hombres impidió que sus pantorrillas obtuvieran el merecido homenaje de la atención masculina.

La doctora giró la cabeza, cambiando una larga mirada con la Gaylord. La reportera de televisión se disponía a tomar apuntes en un bloc extendido sobre sus rodillas.

—Pudo matarnos a todos, ciertamente —asintió la doctora—. Quizás entonces él hubiera dado la cara, revelando sus auténticas intenciones. No sé por qué, no lo hizo entonces, a pesar de hallarme yo sola frente a todos los peligros, y en vez de ello, ha preferido mantenerse aún en la sombra, callar y ocultar su sabotaje cruel, que tanto mal pudo causar.

—¡Es un puro disparate! —argumentó furiosamente MacNamara dando un salto en su asiento—. ¡No admito acusaciones tan grotescas, doctora! E incluso me parece indigno, incalificable, que usted sea quien las formule.

—No estoy acusándole a usted... «todavía», doctor MacNamara —replicó glacialmente la valerosa joven, con una mirada cortante fija en el que protestaba —. ¿De qué se queja?

—De todo este absurdo, doctora. No me importa que sea a mí o a otro a quien acuse. Lo que cuenta es que vivimos en el siglo veintiuno, y no se

puede andar por el mundo haciendo melodramas. Comprendo que ha sufrido mucho, que habrá pasado por amargos trances en estos días, pero nada más. Eso no justifica que nos esté enfrentando ahora con acusaciones grotescas.

Elma Farrell soltó una breve, ronca carcajada, como respuesta a MacNamara. Luego habló hiriente:

—Muchas veces lloré, me desesperé, por sentirme sola, doctor MacNamara, durante esos terribles días que usted nombra. Pero ahora comprendo que entonces casi era feliz. Porque el que vive solo se evita, al menos, convivir con seres como usted... Y eso ya es algo. Comprendo ahora a los que dicen que, después de vivir un cierto tiempo en una isla desierta o en un asteroide artificial, sin compañía alguna, se aprende a despreciar al resto de la humanidad y a descubrir cuán grandes son sus ruindades...

—¡Doctora, eso es un insulto a todos! —ahora era Dana Gaylord la que protestaba, con altivez, proyectando hacia delante su agresivo busto, que ella sabía todo lo subyugante que, en un colectivo criterio masculino podía resultar, llegado el caso—. El doctor MacNamara tiene razón. No toleraremos mucho más. Formule acusaciones concretas, o pida excusas. Pero si acusa a alguien, sepa, que se enfrenta con la posibilidad de que al volver a la Tierra formulemos contra usted una denuncia formal por calumnias y difamación.

—Se conoce bien las artimañas legales, jovencita —replicó áridamente Elma Farrell—. La felicito. Pero no crea que va a asustarme, ni siquiera amenazándome con una campaña impopular en su programa de televisión. Eso no me impedirá en absoluto seguir adelante...

—Adelante, ¿hacia dónde? —indagó suavemente el profesor Landi.

—Hacia la identidad real del saboteador —replicó ella, con energía—. Hacia la persona que, mientras fingía estar enferma, estropeó la emisora y receptora de radio y televisión, dejándonos aislados en el espacio. Seguimos aislados, pero ahora al menos somos más para luchar. Imagino que lo que entonces se buscó fue la muerte por agotamiento o desesperación, pero los planes le salieron mal al culpable, que tuvo miedo de dar la cara, y optó por seguir callado, a la expectativa, mientras se fingía enfermo, como todos los demás.

—Usted lo ha dicho —respondió la Gaylord—. Como todos los demás. Nosotros somos muchos a bordo. ¿Es justo que solamente a nosotros se nos seleccione, de entre tanta gente?

—No sé si es justo o no. Posiblemente esté en un error, y todos sean inocentes. Yo, a fin de cuentas, no les acuso. Sólo digo que podrían ser «todos» acusados, y sin embargo me reservo ese derecho hasta el final. No acusaré, no señalaré a nadie, porque tampoco poseo pruebas suficientes para ello. Sin embargo, sé que quien lo hizo «sigue a bordo de la nave satélite», quizás esperando momentos propicios para cometer delitos, infamias mayores. Quiero, saber la razón. No cejaré hasta descubrir al culpable. Y les quiero avisar a todos ustedes que sospecho puede ser uno de ellos.

—¿Por qué nosotros? —quiso saber Bozniak.

—Porque han sido los primeros en sanar totalmente. Por tanto, fueron los primeros en ser atacados por el virus. Me pregunto... Me pregunto si uno de ustedes, precisamente, no estaba fingiendo entonces la crisis de su enfermedad, y estaba en realidad en la plenitud de su sentido, para hacer lo que hizo.

—¿Eso sería una excusa para usted, doctora Farrell? — se mofó MacNamara —. De ese modo justificaría cómodamente que en su sola presencia los mecanismos de la radio, quizás averiados por su propia mano, dejaron de funcionar. Pero en situaciones tan poco vulgares sé quién se lleva la razón, por absurdo que parezca. Precisamente aquella persona que más valor tiene para acusar a los demás de los fallos propios.

—Sus sugerencias, son odiosas, nauseabundas, doctor MacNamara —la belicosidad de Elma nunca conocía fronteras. El aludido se echó a atrás, palideciendo ante los secos calificativos pronunciados por la enérgica joven —. Para mí sería un gran placer que las cosas se simplificaran y supiera a qué atenerme al respecto. Pero, entretanto, por el hecho de ignorar quién de nosotros, a bordo del satélite de la energía, destruyó la estación de radio, para evitar contactos con la Tierra, bueno será que hagamos aquello que dicta nuestra más elemental prudencia: no fiarnos de nadie.

—¿Eh? —indagó Landi, parpadeando con estupor—. ¿Sugiere que solamente fiemos en usted?

—Ni siquiera en mí —sonrió ella, desafiante—. Pude ser también la persona que hizo el sabotaje. No tendría motivo, pero en apariencia tampoco lo tenía el que cometió su infamia. Sin embargo, el hecho se consumó.

—Está sembrando cizaña, sospechas que destruirán nuestra confianza en los demás, nuestra amistad, nuestra camaradería —argumentó MacNamara con ira—. ¿Eso es justo?

—Creo que sí. Yo sé que no cometí errores. Sé que fui al tablero de mandos de la radio y televisión, y todo estaba averiado. Entonces pensé en un penoso, inoportuno accidente. Hasta mucho más tarde no he sabido la verdad sobre el suceso. Por tanto, el saboteador, el rufián que hizo eso «existe». Algún miembro de la tripulación sin duda, porque los sublevados estaban entonces reducidos a la impotencia. Stark y Cranston acababan de vencer, casi sin necesidad de lucha, a los piratas de a bordo. Después sucedió esto.

—¿No cree que Morano o acaso algún otro...? —argumentó Landi, tímidamente.

—No, no. Ellos estaban reducidos en otro lugar del satélite, de donde no podían salir, sin provocar la alarma en todo el lugar. En cambio, el aislamiento de los demás era menos rígido, más factible de burlar, con un poco de astucia. Y el hombre que hizo eso era astuto, no cabe la menor duda.

Alguien dijo:

—¿El hombre... o la mujer?

La que hacía la punzante pregunta no era otra que Dana Gaylord, la

reportera de televisión. Tenía fama de ser cáustica en sus interrogantes ante la cámara, y ahora no iba muy a la zaga de su prestigio profesional.

Pero también la doctora Farrell poseía agudeza para replicar a cosas así. Muy suave, sin inmutarse, replicó la joven heroína del satélite de la energía:

—Pudo ser una mujer, ciertamente, señorita Gaylord. Por eso está usted aquí, en esta reunión de hoy. Y por eso estoy yo. Les aviso lealmente, amigos: desconfíen de mí, lo mismo que de otros. Tengan por seguro que, entretanto, yo también desconfiaré cordialmente de todos ustedes. Hombres y mujeres...

Era un final inquietante para aquella extraña reunión, a bordo de la nave-estación. Pero un final, después de todo.

Los miembros de la reunión, comprendiéndolo así, se dispersaron en silencio, taciturnos y poco amables unos con otros.

Elma sonrió, una vez a solas. Lo había logrado. Ahora todos desconfiaban entre sí. Eso facilitaría las cosas. Si era uno de ellos, se iba a ver muy cortado con la vigilancia que, mutuamente, se ejercería entre ellos mismos.

Aún era, por derecho propio, la primera autoridad a bordo. A pesar de que casi todo el personal estaba ya a salvo y cualquiera de ellos podía tomar el control del satélite abiertamente, con tanto o mayor derecho que ella. El suyo era simplemente moral, por el tremendo esfuerzo llevado a cabo durante aquellas fechas de prueba.

Se encaminó al cuarto de controles y allí encontró a Bagg y a Sebak, los técnicos del satélite. Al verla entrar, Sebak se incorporó, con respetuoso saludo, y manifestó, dejando de hurgar en los complicados resortes, baterías y condensadores:

—No hemos logrado nada, doctora —manifestó el técnico, con aire abatido—. El que causó la avería no era ningún tonto y supo cómo hacerlo. Ahora esto no parece tener arreglo. Faltan piezas vitales.

—¿Fueron robadas esas piezas?

—Al parecer, sí —declaró sin rodeos Sebak—. Nadie las tomó por error o por inconsciencia. El que lo hizo, sabía muy bien lo que hacía. Y las desastrosas consecuencias que su acción tendría. Las baterías generadoras de señales de radio están virtualmente desmontadas. Estoy seguro de que ni siquiera saben nada de nosotros en la Tierra, en estos momentos.

—¿Y las señales continuadas de los transmisores automáticos? —preguntó Elma Farrell, con voz tensa—. Son independientes del grupo emisor y receptor de sonido e imagen, ¿no es cierto?

—Lo son. Pero en este caso tampoco se emiten. Las conexiones han sido cortadas, y faltan cables, y enlaces, que sin duda destruyó o arrojó al vacío exterior el autor de esta infamia, doctora —arguyó Bagg, el otro técnico.

Hubo un silencio en la cámara. La doctora Farrell sentíase cada vez más perpleja. Y reveló su perplejidad, con una pregunta que nadie podía responderla en esos momentos:

—Yo me pregunto algo, en ese caso. Si nos mantenemos en silencio, si no

emitimos ni recibimos señales en relación con la Tierra... ¿a qué están esperando para averiguar lo que sucede a tordo? ¿Qué esperan todavía? ¿Es que puede llevarse tan rígidamente un aislamiento, cuando ya ha transcurrido la cuarentena, y el peligro de epidemia es mínimo?

Bagg y Sebak asintieron, taciturnos. Ellos también se hacían la misma pregunta. Y tampoco encontraban respuesta lógica a una tan extrema rigidez como la demostrada en aquella ocasión por las autoridades terrestres al respecto.

La doctora se dispuso a abandonar la cámara, con la cabeza baja, sumida en profundas y sombrías reflexiones. Dirigió una vaga mirada a los únicos visores que funcionaban a bordo. Aquéllos que captaban la imagen exterior, frente al satélite. Esa imagen era la misma que viera al entrar en la cámara anteriormente, la misma de horas antes... La faz lunar, con sus rugosidades y cráteres, bañada en blanca luz, mucho menos familiar a aquella escasa distancia, que con sus habituales manchas vistas desde la Tierra...

Fue, como un repentino rayo de luz que penetrase en la mente de Elma Farrell. Vivida, inesperadamente. Se detuvo en seco, miró a Bagg y Sebak, que salían en compañía de ella, y señaló luego a la pantalla de visión exterior, diciendo roncamente:

—¡Miren ahí ustedes dos! Díganme lo que están viendo...

Bagg y Sebak, sin entender lo que ella quería significar, observaron la imagen de la luna, grande y pálida en el rectángulo fluorescente. Luego estudiaron a la doctora Farrell, como temerosos de que su razón, sometida a tan duras pruebas, empezase a flaquear.

—La luna, doctora —dijo Sebak con tono grave—. Creo que no cabe error posible.

—Tal vez «sí» cabe error. Teniendo en cuenta la velocidad orbital del satélite de la energía, ¿es posible que la misma imagen lunar se mantenga en la pantalla durante varias horas, «completamente inmóvil»?

—¡Cielos, no! —Bagg farfulló algo entre dientes, y dirigió una mirada a la pantalla—. ¿Está segura de que ése es el caso, doctora Farrell?

—Y bien segura. Además aún hay otros dos factores extraños, amigos míos. Observen esa imagen de la Luna y díganme qué advierten de especial en ella.

Bagg y Sebak la contemplaron. El primero comentó, tras un silencio expectante:

—No sé. Parece todo perfectamente normal. Quizá la imagen es muy cercana, pero puede ser un simple fenómeno óptico, a causa de la refracción de la atmósfera artificial del satélite...

—Es chocante —saltó Sebak—. Nunca había observado la diferencia de trazado de cráteres, mares y zonas sombrías. Parece una luna distinta...

—¡Distinta! ¡Justamente eso es lo que pretendo decirles! —saltó vivamente la doctora Farrell—. En una palabra, señores, eso que vemos ahí...

«No es la Luna»..

CAPÍTULO VII

ROBO FANTÁSTICO

EBAK y BAGG se miraron, atónitos. Luego estudiaron a la doctora Farrell con vivo estupor. Ya no dudaban de sus facultades mentales. Ellos mismos habían observado anomalías en la Luna. No solamente en su estructura, sino incluso en su forma global. No se trataba de que fuere una u otra cara lunar, ya que ambas eran sobradamente conocidas por los viajeros del espacio. Era, lisa y llanamente, que «no era la Luna», tal y como dijera la doctora Farrell rotundamente.



Estaban asombrados.

—¡Pero eso es imposible! ¡El satélite no puede moverse de su línea orbital en torno a la Tierra! ¡Sus baterías, sus motores y su sistema de retropropulsión están ideados para tal fin, y nada más! —dijo Sebak, desconcertado—. ¿Cómo podemos hallarnos ante «otra» Luna?

—No soy experta en astronáutica, señores, pero creo poderles ofrecer una teoría al efecto. Escuchen: la energía solar de este satélite, debidamente encarrilada, alimentando los superpropulsores espaciales, puede, bien aplicada, provocar una reacción, un escape vertiginoso y muy potente, capaz de alejar el cuerpo celeste artificial de toda atracción lunar o terrestre. Puede arrancarle, virtualmente, a su órbita, como si fuese una estrella errante, y lanzarle, con dirección concreta, siempre movido por los superreactores, alimentados a través de la energía solar, hacia otros puntos del Universo. Imaginemos, así, que este satélite ha sido situado detrás de algún asteroide, de algún pequeño planeta, de una luna cualquiera, poco conocida por los observadores terrestres. Sin sonido sus baterías de radio, sin posibilidad de detectar su presencia en el espacio, escudado tras un cuerpo celeste real, como es esa luna, asteroide, planeta o lo que sea, la estación de la energía se mantiene a cubierto de ojos humanos o mecánicos, los radiotelescopios no captan su presencia, y el hombre que destrozó el sistema de radio, sin posibilidad de reparación, logra así dos objetivos: aislarnos de la Tierra... «y robar el satélite».

—¡Dios mío, es una idea disparatada! —musitó Bagg—. ¿Cómo es posible robar un satélite gigantesco ante los ojos de toda la humanidad, doctora?

—Usted lo ha visto. Ahora se explica todo. Que no recibamos refuerzos ni

ayuda de ninguna clase, procedente de la Tierra. Que estemos ante una Luna desconocida, y muy próximos a ella. Y que alguien, a bordo, haya cometido un sabotaje, con razones concretas, aprovechándose de la inconsciencia de todos los tripulantes del satélite de la energía, y de mi propia ignorancia de tales hechos.

—Es decir, según su teoría, mientras usted asistía a todos los enfermos de a bordo, alguien que no estaba enfermo salía subrepticiamente de su encierro de cuarentena, circulaba por el satélite, sin que usted lo advirtiera... y cometía el robo más fantástico de todos los tiempos —argumentó Sebak, ceñudo.

—Eso es —sonrió la doctora Farrell—. Una teoría inaudita. Pero también es inaudito todo lo que nos está sucediendo, señores.

—Cielos. ¿Y qué vamos a hacer ante un hecho así? —gimió Bagg—. Si eso es cierto, el saboteador, el ladrón del satélite de la energía, «es uno de nosotros». Y ahora mismo tal vez está planeando aniquilarnos a todos...

Elma Farrell movió afirmativamente su rubia cabeza. Los claros ojos no revelaron sino sombría preocupación por el futuro que pudiera estarles reservado. Con un loco, o un criminal de fabulosas ambiciones, a bordo de la nave del espacio...

—Pero... ¿quién puede ser, doctora? —inquirió Sebak.

—Él procurará mantener el incógnito el mayor tiempo posible —dijo ella lentamente—. Podría ser yo misma. O uno de ustedes dos. O cualquiera otra persona de a bordo.

Bagg y Sebak se miraron, desconfiadamente. Sus argumentaciones, débiles y vacilantes, no poseían la menor convicción:

—Yo estuve todo este tiempo realmente enfermo, doctora —dijo Sebak—. No fingí...

—Tampoco yo, se lo aseguro —añadió Bagg—. Sufrí la dolencia de verdad...

—No se disculpen, amigos —suspiró la doctora Farrell—. Después de todo, ninguno de nosotros admitirá ser culpable. Pero ahora sabemos que hay uno. Y quizá mil veces peor que la cuadrilla de piratas encabezada por Glenn Morano...

—¿Qué podemos hacer para desenmascarar al culpable y evitar un desastre, con la cantidad de energía solar acumulada en el satélite, y que en manos irresponsables puede crear un auténtico caos universal?

—Me temo que nosotros no podremos hacer nada. Otra vez será preciso esperar...

—¿Esperar? ¿A qué?

—A que los dos mismos hombres que nos libraron de Glenn Morano y su cuadrilla nos salven ahora de este terrible trance. Después de todo, si nuestras conclusiones son ciertas, estamos ante un supercriminal, que puede ser capaz

de todo. Ante un ladrón audaz y un saboteador inteligente y diestro. Es un caso delictivo. Por tanto, le corresponde intervenir a la Science Brand y su Cuerpo de Seguridad Científica, y a la «Spacial International Police». Ahora, a bordo, tenemos a dos miembros de esas organizaciones, símbolo de la ley en los espacios siderales. Waldo Cranston, agente de la Science Brand... y Rod Stark, agente especial de la SIP. Hemos de esperar. Esperar a que ellos sanen de su azulemia... si el culpable nos permite vivir todo ese tiempo, sin descargar un nuevo golpe, que esta vez podría ser terriblemente decisivo...

Bagg y Sebak no dijeron nada. Su mirada, sin embargo, fue sobradamente elocuente. Ellos también temían, como Elma Farrell, que el desconocido criminal, oculto en el satélite de la energía, no les concediera esa oportunidad de luchar contra sus extraños, siniestros designios, a la sombra luminiscente de aquella rara y desconocida Luna...

* * *

La aguja cayó en el recipiente de alcohol, después de inyectar a Waldo Cranston la novocilina. Luego unas pinzas, cuidadosamente esterilizadas, tomaron la segunda aguja y la fijaron a la jeringuilla cargada del antibiótico. Se hincó la punta de agudo acero en la vena de Rod Stark. Penetró el líquido en la sangre del joven.

Éste crispó su gesto. Los ojos, metálicos e inteligentes, estudiaron a su médico con una expresión opaca, levemente fatigada todavía.

—¿Duele, Stark? —preguntó la doctora con una sonrisa.

—Bastante —asintió Rod—. Pero no se preocupe. Más dolía la azulemia. Hubo momentos en que creí enloquecer.

—Ya pasó, Stark. Ahora no debe pensar en su enfermedad. Dentro de un par de días le daré definitivamente de alta. Y al otro día le seguirá Cranston. Él también mejora rápidamente.

—Eso está bien —Stark contempló a su compañero, tendido ahora con él, en la misma cámara de convalecencia adonde les habían trasladado una vez vencida la crisis—. La azulemia dejará de ser una preocupación a bordo del satélite de la energía.

—Sí. Y otras preocupaciones vendrán a sustituir a esa —dijo lentamente Elma Farrell.

El rostro de Rod se ensombreció. No apartó sus ojos de la bella y joven doctora.

—Entiendo. Se refiere a eso que me ha contado antes. ¿Está segura de todo ello, doctora?

Ella asintió:

—Muy segura. Hay quién cree que la Luna que nos cubre de la visión terrestre es Phobos. Otros imaginan que es Deimos. Y no faltan quienes

sostengan la teoría de que nos hallamos en la cara nunca vista de un planeta o asteroide que, como la Luna terrestre, solamente ofrece una de sus caras, en una órbita de traslación sin movimiento rotativo. De cualquier modo, Stark, sé que estoy en lo cierto. Suena a fantástico, pero han robado el satélite, con todos nosotros a bordo.

—He oído cosas más fantásticas en mi vida, doctora —rio el joven agente de la SIP—. No me parece ningún absurdo, habida cuenta de los factores que usted me ha detallado: las averías en la radio y televisión, la presencia de una luna extraña y desconocida, a distancia demasiado corta según todo cálculo de probabilidades lógicas. Y, en suma, la existencia misma, de algo siniestro, dentro de este cuerpo celeste creado por los hombres.

—Entonces ¿va a ayudarnos, Stark?

—Fui enviado aquí con esa misión exactamente: ayudarles. Cranston también. Ambos haremos lo imposible por sacarles del atolladero. A fin, de cuentas, no sólo estamos defendiendo a unos seres humanos en peligro, sino también a un ingenio del hombre que puede ser utilizado de forma aterradora por un enemigo, si éste piensa en la destrucción.

—Creo que tiene razón, Stark. He sufrido mucho, al verme sola frente a ese terrible trance. Ahora espero que usted pueda auxiliarme, y la responsabilidad sobre mis hombros parezca menor.

Rod Stark la contempló fijamente. Parecía advertir por primera vez su belleza, la suave, serena gracia de sus facciones, de su figura, juvenil y alada. Pero no era la primera vez. Sólo que las circunstancias nunca fueron propicias a nada que no fuese urgente, violento y peligroso. Incluso ahora, cuando parecía que iba a haber tiempo para otras cosas, el peligro volvía. Y más solapado, más ominoso y feroz que nunca. Porque Stark había considerado muy duro de abatir el obstáculo formado por Glenn Morano y su gente. Pero eso, a fin de cuentas, fue un duelo cara a cara, con un adversario al que conocía, y de quien podía prever los golpes y contrarrestarlos.

Ahora no. Ahora el adversario se ocultaba en la sombra, en el anonimato. Podía ser cualquiera de los que le rodeaban, incluso la propia doctora, Farrell, tan dulce y femenina, tan llena de aparente abnegación.

Y eso era lo realmente grave. Que en cualquier momento la mano más amiga podía descargar el golpe definitivo. Un golpe de muerte.

De muerte implacable para todos...

* * *

Waldo Cranston escuchó a Rod Stark con los ojos dilatados, llenos de asombro. Al final del relato, meneó la cabeza de un lado a otro.

—¡Cielos, no! —farfulló—. Eso no es posible, Rod.

—Ya lo creo que lo es. La doctora Farrell puede explicártelo con detalles. Y los técnicos Bagg y Sebak confirmarlo en sus puntos esenciales. Se han

estropeado premeditadamente los transmisores y receptores de a bordo. Se ha situado al satélite en un punto en que la presencia de un cuerpo mucho mayor (el satélite o luna que nos cubre) dificulta que ningún radar o radiotelescopio logre localizarnos en el espacio. Y se ha sacado, por tanto, de su órbita original al satélite, lanzándolo acaso a una zona de difícil acceso para las astronaves terrestres, donde virtualmente queda como un navío expoliado, que se oculta en un mar ignorado.

—Eso es piratería, Stark —apuntó Cranston, malhumorado.

—Lo que legalmente pueda ser, nos importa un comino —replicó Stark—. Lo que realmente cuenta, es que nosotros estamos prisioneros del satélite de la energía, como antes lo estuvimos de Glenn Morano. No podemos abandonarlo, ni seguramente podremos establecer contacto con la Tierra. Estamos a merced del misterioso saboteador y ladrón.

—¿Tenéis alguna leve sospecha sobre alguien, imagináis quién pueda ser, y cómo realizó su...?

—Imaginamos que es uno de a bordo —intervino Elma Farrell—. Y que actuó mientras se fingía enfermo, manipulando en la nave, cuyos mecanismos, por cierto, conocía bien.

—¿Eso apunta, tal vez, a un científico o un técnico del satélite?

—Podría ser. No tenemos datos para afirmarlo. Pero es muy posible, Cranston.

—Ya veo —el hombre de la Science Brand entornó los ojos, reflexionando, sentado en su lecho, el lecho que había ocupado durante cuarenta interminables días. Aún tenía los ojos febriles, las mejillas sumidas, y sus movimientos eran vacilantes. La azulemia le había atacado con fuerza —. Tenemos que enfrentarnos a un peligro invisible. Pero real.

—Desgraciadamente, muy real —afirmó Stark lentamente—. ¿Puedo contar con usted, Cranston?

—Infiernos, claro que sí —afirmó el agente de seguridad científica—. Para eso vinimos aquí. Para ayudarnos mutuamente, para luchar contra todo lo que fuese ilegal y delictivo. Esto lo es, ¿no? Casi tanto como la revuelta de Glenn Morano y su gentuza.

Rod dijo:

—Quizá más. Aquéllos eran hombres rudos, primitivos. Delincuentes vulgares, que veían su posibilidad de escapar a la ley y de dominar a quienes les juzgaron antes. Pero ahora... la verdad, Cranston, ignoro incluso la clase de adversario que tenemos enfrente. Es solapado, astuto y sagaz. Pero nada sabemos de él. Ni siquiera si es joven, viejo, hombre o mujer. Ni tampoco por qué hace esto, qué pretende, qué lucro busca, ya que adueñarse de un satélite ha de tener otras miras posteriores, o es un gesto necio.

—¿La energía solar? —aventuró Cranston.

—Pudiera ser. Pero ¿qué uso piensan dar a esa energía? Ésa es la incógnita realmente aterradora del caso.

Waldo Cranston afirmó despacio. Quiso caminar, pero estaba demasiado débil para ello. Se dejó caer de nuevo en su lecho con un suspiro. Stark le ayudó a tenderse.

—Lo lamento, Rod —declaró—. Pero de momento va a tener que luchar solo, amigo mío. Yo estoy demasiado vencido por la enfermedad para hacer nada útil en su favor ni en el de nadie...

Stark afirmó. Comprendió que no podía exigir más de su compañero. Palmeando suavemente su hombro, manifestó con voz calmosa:

—Está bien, Waldo. Repose aún, muchacho. Cuando haya pasado totalmente su mal podrá ser útil. Entretanto, yo cuidaré de que todo siga bien en el satélite... aunque no sé hasta qué punto me será posible lograrlo.

—Lo comprendo, Stark. Y de veras lamento... que toda la responsabilidad... sea ahora suya... —se hacía pastosa por momentos su voz hasta que le fue imposible seguir hablando, y se dejó caer en la almohada de aire. Poco después dormía plácidamente.

Rod Stark sonrió, saliendo de la estancia. En el corredor se encontró con Vic Samuels, uno de los trabajadores del satélite de la energía, a quién había confiado la misión de cuidar de los últimos enfermos en cuarentena. Además de Cranston, solamente quedaban tres o cuatro más, todos ellos en período de franca recuperación.

—Cuide de que nadie se acerque a Cranston —indicó a Samuels—. No quiero que le importunen ni le causen mal. Usted sabe, como todos, que hay un criminal a bordo. Confío en que sepa cuidar de mi amigo.

—Vaya tranquilo, señor Stark —aseguró Samuels—. Vigilaré.

Rod Stark se alejó. Había esperado que Cranston pudiera ayudarle. Ahora le preocupaba saber que estaba completamente solo en el satélite. No porque no hubiera gente en condiciones normales, que ya todos o casi todos lo estaban, sino porque solamente él podía enfrentarse a un enemigo de la ferocidad y perversa crueldad del hombre —o mujer— que actuaba solapadamente a bordo del satélite de la energía.

No había logrado hilvanar ningún plan de batalla, ningún sistema especial para enfrentarse al peligro. Sin embargo, temía que tampoco su adversario le daría oportunidad de desarrollarlo. Con toda seguridad, sería él quien abriera el fuego con alguna otra acción encaminada a completar su obra, cualquiera que ésta fuese.

Pero ¿cuándo? ¿Y en qué forma sucedería esto?

Rod Stark no tenía la menor idea de ello. Caminaba en tinieblas, y su mente aún no estaba clara del todo, tras el tremendo lapso de su enfermedad. Lo único que sabía es que, de no mediar la voluntad e inteligencia de aquella

hermosa doctora Farrell las cosas a bordo podrían ser ahora muchísimo peores.

Tal vez Glenn Morano, el truhan, que quiso apoderarse del satélite, supiera algo al respecto. Tal vez Morano podría orientarle sobre el anónimo enemigo. Incluso cabía en lo posible que conociese a alguien a bordo que hubiera sido capaz de desarrollar el astuto y osado plan para robar la estación de energía solar.

Decididamente, si por alguien era preciso empezar, sería por Glenn Morano y sus hombres, confinados ahora en las cámaras interiores del satélite, donde Elma Farrell se había preocupado de atenderles día tras día, sin que sucediese por fortuna incidente alguno. La azulemia era capaz por sí sola de dominar a los hombres de más feroz y perversa condición.

Solamente una persona a bordo no sufrió la epidemia, o si la sufrió fue lo bastante fuerte como para dominar al mal, y seguir actuando bajo sus efectos. Ese era otro de los misterios a resolver.

Rod Stark se encaminó al ascensor interior del satélite. Éste le dejó en la planta inferior del mismo, donde se hallaban situadas las celdas o alojamientos de los reclusos que habían servido para levantar la colosal estructura del satélite.

Allí había también dos guardianes, los mismos que antes de la epidemia ocuparon los corredores inferiores, y los mismos que ya en una ocasión, al sublevarse los reclusos, fueron reducidos violentamente, aunque no se les quitó la vida. Eso serviría, el día en que procesaran a Morano, para mermar considerablemente la dureza del castigo a aplicar.

Stark se sorprendió de no descubrir en parte alguna a los guardianes del corredor. Miró a uno y otro lado, con extrañeza, en busca de ellos. Pero al parecer se habían esfumado sin dejar el menor rastro de su presencia.

Rod Stark lamentó no haber llevado un arma. De súbito, el largo, metálico corredor, de fría luz y grises muros, le parecía ominoso, espeluznante, cuajado de incorpóreos peligros, y parecido al sendero subterráneo de una cripta.

Rod avanzó ahora con lentitud, pegado al muro. La luz era cruda, intensa y uniforme. Quizá por eso mismo dañaba con su azulado matiz las pupilas fijas, penetrantes del joven agente de la S.I.P.

Podía haber retrocedido en busca de un arma para volver al pasadizo y llevar consigo algo más de seguridad. Pero optó por continuar adelante. Quizá porque lo que pudiera suceder era acaso demasiado urgente para dejarlo de lado. Cada cosa anómala que ocurriera a bordo del satélite podía ser de siniestro significado ante la amenaza misteriosa que se cernía sobre todos ellos.

Rod Stark rodeó la esquina del corredor. Se encontró ante la puerta, de acceso a la cámara donde se hallaban encerrados Morano y sus compinches. Y encontróse también con algo más, de mucho más terrible y pavoroso

significado.

Ante la hoja metálica corrediza, que sólo era posible abrir desde fuera, con un nuevo sistema de seguridad electrónico, emplazado después de la fuga y rebelión de los reclusos, yacían dos cuerpos, humanos.

Rod advirtió que yacían sobre una amplia, oscura y espeluznante mancha de un tono oscuro, inconfundible. Era sangre de ambos cuerpos.

Tenían los cuellos segados por un arma cortante, que casi les había decapitado. Y eran los dos guardianes del corredor de los cautivos.

* * *

Las armas de los dos infortunados yacían no lejos de sus crispadas manos. Ambos cuerpos habían quedado encogidos, convulsos sobre el pavimento metálico, y manchado con la sangre de sus tremendos tajos.

Rod Stark se inclinó, dominando sus profundas y vivas náuseas. Clavó la mirada en los rostros convulsos de los dos asesinados. Luego aferró una de las armas, manchada con salpicaduras de sangre. Era una pistola ligera, de plastmetal rojo, un arma de cargas térmicas, muy eficaz. Sin embargo, no había servido para gran cosa en manos de los infortunados guardianes. A pesar de ellas, la mano criminal que se ocultaba en el satélite había descargado su golpe. O tal vez los reclusos se habían escapado de nuevo, complicando más aún las cosas.

Rod estaba decidido ahora a llegar hasta el final de aquel horror, fuese cual fuere. No avisarla a nadie, no llamaría a persona alguna en su auxilio. Él era agente de la «Spacial International Police». Como tal, tenía la misión de velar por la justicia, por el orden en los espacios. Y este enigma de ahora le correspondía plenamente.

Avanzó hasta la puerta metálica, deslizante. Presionó el resorte magnético. La hoja empezó a ceder, se corrió lateralmente, abriendo paso a Rod.

Allí estaba la amplia cámara encristalada donde Glenn Morano y los demás reclusos estaban confinados. Rod Stark, arma en ristre, oteó la vasta sala desde la puerta. En el acto una viva sensación de asfixia le asaltó.

Retrocedió vivamente, sintiendo que los cabellos de su nuca se erizaban ante el horror apenas entrevisto. Pero suficiente con lo que viera para captar su tremenda, espeluznante magnitud.

Alguien había quebrado todos los vidrios plásticos de los ventanales de la cámara. Y por las aberturas el oxígeno interior, creado artificialmente, había escapado, absorbido por el vacío. Junto con el aire, la potente absorción del vacío había chupado, engullido los cuerpos de los hombres encerrados dentro, la mayor parte de los cuales ya no estaban allí. Sin duda salieron despedidos hacia el vacío exterior por la succión tremenda que el vacío exterior ejerce sobre los seres encerrados en un vehículo espacial, cuyas aberturas han sido rotas.

Algunos de los cuerpos, entre ellos el del propio Glenn Morano, estaban aún prendidos, enganchados a las aristas vidriosas de los ventanales. Pero la coloración purpúrea de su piel, el horripilante gesto de sus ojos desorbitados, de su boca convulsa y de sus manos engarfiadas, revelaban la terrible muerte que sufrieron, asfixiados por la carencia de aire, al enfrentarse con el vacío. Sus cuerpos no fueron absorbidos por la nada exterior. Pero solamente habían dejado pingajos deformes sin un soplo de vida.

Un grupo de hombres había muerto. Sobre la criminal acción que causó esas muertes, pocas dudas le cabían a Stark.

Dos hombres, degollados en el corredor. Más de treinta hombres, asesinados en la cámara interior, al ser quebrados sus vidrios plásticos.

Cerró la puerta deslizante, con expresión de horror, respirando a pleno pulmón el oxígeno del corredor. Allí dentro solamente quedaban cadáveres espantosos, vidrios rotos y el vacío, absorbente, engullendo el escaso aire artificial inyectado a la estancia...

El asesino del satélite había revelado ahora su cruel, su feroz, despiadada virulencia. Y esto, tal vez, era solamente el principio...

CAPÍTULO VIII

LA AMENAZA



LMA, FARRELL, muy pálida, clavó sus verdes pupilas en Rod Stark. Parecía como si un invisible hálito de terror aferrase a todos y cada uno de los ocupantes del robado satélite que ahora flotaba en un lugar ignorado, tras la faz de una luna desconocida.

—Dios mío... —su voz era un ronco, estremecido murmullo—. ¿Es posible que exista un monstruo así? Montones de muertos... ¿Y todo por qué? ¿Por aniquilar a Glenn Morano y a los demás? ¿O simplemente por matar, fuese a quién fuere?

Rod Stark tomó aliento. Estaba contemplando, a través de los visores, la faz desconocida de aquella luna o astro que les cubría. Se volvió despacio hacia la doctora Farrell y el profesor Bozniak, presentes en la cámara de controles y de radio, donde aún trabajaban con febril actividad, estéril hasta el momento, los técnicos Bagg y Sebak.

Stark dijo:

—Mi impresión es que ha matado por matar. Es decir, por ir eliminando gente. Y le ha tocado el primer turno a Morano y a sus amigos. Mala suerte para los infortunados reclusos. Su muerte fue realmente horrible, propia de una mente criminal sin piedad ni el menor sentido de la humanidad. ¿Ha visto alguna vez una corriente de vacío absorbiendo a terrible presión el oxígeno y dejando sin aire la zona invadida por el torbellino, llegado de la nada? Es impresionante. Succiona cuanto halla, como una ventosa, ya que al chupar el aire absorbe a la vez cuanto en él se encuentra, por mucho que ese algo luche por impedirlo. Y en el vacío, el destino del ser vivo absorbido es fácil de imaginar. La asfixia... y el cuerpo flotando en la nada, por los siglos de los siglos, como una partícula en la armoniosa sinfonía universal, como un cuerpo insignificante, unido al prodigio gravitatorio de los mundos y los astros...

Elma Farrell inclinó la cabeza, alucinada. Su piel tenía un tono marfileño. Los ojos miraron a Stark con infinita angustia al preguntar, rota su voz:

—Usted es un agente de la autoridad, Stark. Usted es policía, representa a la S.I.P. a bordo de esta nave orbital. ¿Qué piensa hacer?

—Si lo supiera... —Rod se encogió de hombros, fatigado—. Es realmente terrible enfrentarse con una responsabilidad así. Por un momento creí tener la

solución, me pareció que Glenn Morano, de alguna forma, había logrado filtrarse a través de sus guardianes. O que alguien actuaba de acuerdo con él para dominar de nuevo el satélite. Pero esto de ahora me demuestra que el culpable actúa por sí mismo.

—¿No pudo ser Glenn Morano el que actuó de acuerdo con él, y de ahí llegó la revuelta, para ocupar el satélite y servir así a la persona interesada en robarlo?

Stark contempló fijamente a la doctora Farrell. Tuvo un leve gesto meditativo y luego declaró:

—Podría haber sucedido así, doctora. Pero si así fue, el monstruo con el que ahora hemos de luchar no tuvo el menor escrúpulo en deshacerse masivamente de todos los que primero fueron sus aliados. Lo que me pregunto es cómo logró él entrar en la cámara de los cautivos y romper sus vidrieras sin que Morano y los demás se opusieran... y escapar él a la absorción del vacío.

Elma Farrell le miró con sorpresa.

—Es cierto —asintió—. ¿Cómo se lo explica?

—De ninguna manera... por el momento —concluyó Stark—. Pero tal vez más tarde llegue a dar una explicación al misterio. Todo depende de lo que encuentre en cierta exploración que pienso llevar a cabo.

—Tenga mucho cuidado, Stark —le avisó la doctora con gesto preocupado —. No debe arriesgarse. O su vida peligrará. El enemigo no cejará en su empeño.

—La doctora tiene razón —observó el profesor Bozniak con tono grave—. Usted está solo, Stark. No debe correr riesgos innecesarios. ¿Qué sería de nosotros si algo le sucediera?

—Posiblemente lo mismo que será de todos si nada me sucede —rio burlonamente Rod—. No teman, profesor: Sé cuidarme. No me entregaré, atado de pies y manos, en poder de ese monstruo.

—Pero ha hablado de una exploración. Y eso puede significar peligro — Bozniak miró en torno, hacia donde Bagg y Sebak seguían las reparaciones, y bajó la voz—. Recuerde lo que usted mismo ha dicho antes. Uno de nosotros puede ser el culpable. Tal vez ahora su enemigo, nuestro enemigo, le está oyendo.

—Sí, tal vez —Stark, súbitamente, se lanzó hacia la puerta de la cámara, buscando bajo su chaqueta de plástico el arma que llevaba consigo—. ¡Quizá tras esa puerta!

Ante el general estupor de los presentes la abrió con violencia y saltó al corredor. Casi se dio de bruces con una persona que se aproximaba a la puerta de la cámara. El embate fue rudo y estuvieron ambos a punto de rodar por tierra. Pero Rod sujetó con energía al otro, impidiendo la caída.

—¡Eh, cuidado! —mascullÓ el hombre—. ¡Casi me derriba!

Rod Stark contempló duramente al individuo, separándoles su rostro una distancia de apenas una pulgada. Le reconoció. Era el doctor MacNamara, cuya estrecha, centelleante mirada, se fijaba maliciosamente en la profunda, agresiva, de Rod Stark.

—¿Qué hacía usted aquí, profesor? —pidió con rudeza—. ¿Escuchaba acaso?

—¿Está loco? —se irritó MacNamara—. ¿Qué es lo que tenía que escuchar? Casi me derriba primero el otro hombre. Y ahora sale usted y...

—¿Otro hombre? —saltó vivamente Stark—. ¿Qué hombre, profesor?

—¡Oh! ¿y yo qué sé? —el profesor se encogió de hombros—. Llevaba una de esas capuchas de plástico verde, de visor frontal, propias de trajes espaciales. Me chocó que fuera así. Pero después de todo, uno ve siempre cosas raras en lugares como este maldito satélite donde en mala hora me enrolé.

—¿Por dónde se fue ese hombre? —inquirió Rod Stark, desconfiado.

—Por allá —el profesor MacNamara señaló sin vacilar hacia su izquierda, al corredor que partía desde allí—. De eso estoy bien seguro, Stark. Y por favor, suélteme. Para ser agente de la S.I.P. no está usted muy acertado que digamos. Es posible que alguien escuchara tras esa puerta, pero evidentemente se equivocó de hombre. No era yo. Jamás escucho lo que dicen los demás. Porque no me interesa en absoluto, ¿lo ha entendido?

Rod Stark no le contestó. En vez de ello se lanzó como una flecha hacia el lugar señalado por MacNamara. El profesor podía estar mintiendo o no. Lo cierto es que él percibió él roce de alguien contra la puerta, mientras hablaba a la doctora Farrell, al profesor Bozniak y a los técnicos. Pudo ser MacNamara o pudo ser, como él aseguraba, otra persona que huyera en aquella dirección, cubierta su cabeza con una caperuza plástica de salidas al espacio. Era una versión demasiado acomodaticia y convencional. Pero a veces la verdad era así. Y, desde luego, mucho más la mentira...

El corredor se bifurcaba junto al ascensor que conducía a la planta donde hallaran la muerte Glenn Morano y los demás, continuando hacia otros alojamientos del interior de la plataforma volante o satélite de la energía en su parte interior o círculo destinado a residencias, alojamientos y dependencias.

Rod Stark no tenía la menor evidencia de que estuviera persiguiendo a un ser real. Posiblemente sólo corría en pos de un fantasma. Pero era preciso comprobar un extremo u otro.

Empezó a comprender que era la segunda versión, la búsqueda de una simple sombra sin dimensión real, cuando se encontró casi de manos a boca con Vic Samuels, el encargado de cuidar a Waldo Cranston, el último enfermo de azulemia aguda en todo el satélite.

—¿Adónde va, señor Stark? —preguntó el muchacho, bajando la pistola electrónica al identificarle, antes incluso de darle el alto—. ¿Sucede algo?

—Sí, sucede algo —asintió Rod gravemente—. Persigo a un espía. Puede ser el asesino que buscamos. Pero, evidentemente, no es nadie de fiar. ¿Ha visto a alguien últimamente por esta zona?

—No, señor Stark. Absolutamente a nadie —aseguró Samuels con firmeza —. Nadie ha entrado aquí, ni nadie se ha acercado al señor Cranston. Vigilo bien el sector, no tema.

—¿Cranston está bien?

—Perfectamente. Incluso pide alimentos y charla conmigo. Da también algunos paseos por su cabina. Creo que mejora rápidamente ya.

—Lo celebro —Stark miró en torno, oteando cada rincón de la larga galería, sin hallar nada sospechoso—. Bien, tal vez haya equivocado el rumbo. Es posible que mi presa eligiera el camino de la galería inferior. Gracias de todos modos, Samuels. Y siga vigilando.

—Lo haré, señor. Sabe que serviré lealmente en todo momento al señor Cranston y a usted.

—Justamente, Samuels, ése es su deber. Waldo Cranston y yo representamos la ley a bordo del satélite. Lo que uno u otro hagamos, por raro que parezca, estará siempre justificado. Pero no se fíe de nadie más. Absolutamente de nadie.

—De nadie, señor Stark —sonrió Samuels—. Eso limita perfectamente mis acciones y mi responsabilidad. Puede estar tranquilo.

Rod Stark regresó, tras comprender que Samuels haría lo que decía. Era un buen muchacho, uno de los pocos de fiar a bordo del maldito satélite de la energía.

Rod volvió a la bifurcación con gesto perplejo. Algo marchaba mal, o el personaje era sumamente astuto. Lo cierto es que se le había escapado de entre las manos. Si es que existió alguna vez... excepto en la mente del profesor MacNamara, para pergeñar rápidamente una excusa plausible, un anzuelo para tontos.

Y él había sido el tonto, en ese caso.

Rod Stark tomó el ascensor hacia la planta inferior del satélite. Llegó a la galería gris, metálica, de cruda luz azul, que conducía a las celdas que ocuparon Morano y sus compañeros. Un rótulo luminoso avisaba claramente, con la señal roja, del peligro que encerraba meterse por allí, con las vidrieras rotas y la absorción del vacío como posible hallazgo desagradable en la excursión.

A pesar de ello, Rod siguió adelante. Esgrimía de nuevo su arma de cargas térmicas, esperando tener una oportunidad de utilizarla. Nunca fue sanguinario. Pero ahora sentía auténticos deseos de terminar con el ser

satánico que aniquiló a los guardianes y a los reclusos con una ferocidad digna de la peor de las alimañas.

Tampoco en la galería inferior había novedad alguna. Todo vacío, desierto. Incluso las desoladas celdas, de rotos ventanales, en cuyas cámaras penetraba el vacío, ya que los conductos de oxígeno habían sido cortados para no malgastar las reservas del satélite estérilmente.

Solamente el vacío total, la ausencia incluso de muertos, se mostró a los ojos de Rod Stark cuando asomó a las celdas. Los cuerpos habían sido retirados, alineados en el depósito de sanidad. Allí únicamente había silencio, ausencia de vida, de aire, de sonidos.

Rápidamente cerró tras de sí, después de un examen somero de la situación. Mentalmente, se trazó un esquema de la posición de las celdas, de la forma de llegar a ellas, de las posibilidades materiales de romper la vidriera.

Una idea le asaltó de súbito. Acaso era absurda. Pero merecía la pena de investigarse. Regresó por el corredor gris, luminiscente, silencioso como la senda de una vieja cripta faraónica. Las ideas se agolpaban en su mente.

El agente de la S.I.P. llegó a su propia cámara o alojamiento. Se empezó a vestir rápidamente sobre sus propias ropas, con otras plásticas, brillantes y herméticas, refractarias a las más altas o bajas temperaturas indistintamente. Le siguieron unos guantes de igual material, una caperuza de plástico rojo, con visor frontal de vitroplast liviano e irrompible. Adherido a esa caperuza, por su parte interior, sobre la nuca, había dos pequeños cilindros o tubos de blanco metal. Dentro, el oxígeno, comprimido a formidable presión, prestaba aire puro a los pulmones para más de veinte horas.

Rod Stark, una vez ataviado con las ropas espaciales, y calzadas las botas adhesivas, de suela ventosa, lo mismo que la superficie de los guantes en el dorso de las manos, abandonó su cámara, encaminándose de nuevo a las cabinas ocupadas por los presos que fueron asesinados.

Iba a comprobar su teoría. Y si todo resultaba como esperaba él, tal vez las cosas se aclarasen a bordo del satélite de la energía solar mucho antes de lo que la mayor parte de sus tripulantes esperaban. En especial, cierta persona que actuaba en la sombra con el siniestro proyecto de matar, de destruir....

CAPÍTULO IX

EL MONSTRUO



A presión del vacío sobre su cuerpo de nada servía ahora, y guantes contrarrestaban la energía de la turbulenta acción de la nada contra él.

Rod Stark, pegado a las paredes, cuidando siempre de mantener adheridos, al menos, un pie y una mano a suelos y muros, llegó a las vidrieras rotas. Evidentemente, nadie hubiera podido llegar así a los cristales, de no ser uno de los propios hombres de Glenn Morano. Y difícilmente ninguno de los reclusos hubiera, abierto las puertas a la muerte por desesperado que estuviera sin que los demás cayeran sobre él violentamente.

Por tanto, el autor del crimen múltiple era ajeno al grupo de forajidos. Había llegado allí. ¿Por el corredor? Eso parecía indicar la presencia de los dos guardianes muertos, degollados brutalmente. Pero Rod Stark no se dejó influir por esa apariencia.

Ahora mismo la lentitud y dificultad de la operación en llegar a los ventanales —y romperlos posteriormente, como realmente sucedió— le habían demostrado claramente lo improbable de tal hecho. Por tanto... la acción había venido de otra parte. Y Rod Stark sabía de dónde.

Una vez ante las destrozadas vidrieras, contempló el vacío a través de ellas, fuertemente adherido a los vidrios que aún se mantenían en pie, como una gigantesca, extraña especie de insecto-ventosa.

La negrura infinita, inmensa, salpicada de astros centelleantes y remotos, se ofreció a sus ojos sin la borrosa, brumosa barrera visual de atmósfera alguna. Tal y como realmente era el vacío, la nada, la eternidad de los espacios siderales. La Luna, gigante, vagamente circular, sin serlo realmente, salvo por la propia distancia a que se hallaba el cuerpo luminiscente, parecía una faz enorme, rugosa, abotargada, mirándole sarcásticamente desde la gran incógnita del vacío infinito.

De allí llegó el crimen, de allí llegó la muerte para Glenn Morano y los demás. No procedía de «dentro» del satélite, sino de «fuera».

Naturalmente, la amenaza no llegó del vacío mismo, sino del exterior del satélite. Rod Stark cruzó cautamente, pegado a los muros, el enorme boquete de uno de los ventanales rotos por el asesino. Se adhirió, como una sanguijuela, al exterior del satélite, pegado contra sus vidrios plásticos.

Empezó a caminar ahora por el exterior del gran satélite destinado a almacén de energía solar. Lo que llamaban humorísticamente sus ocupantes «lata de conservas» tenía una forma ligeramente oblonga, alargada, como un óvalo plano. Sobre ese óvalo se alzaba la enorme mole de los cilindros condensadores y la pantalla destinada a emitir la energía a grandes distancias a través del vacío.

Rod, pegado a la superficie circundante del cuerpo celeste, se movió lento, sin prisas, sobre el metal y el vidrio plástico de sus aberturas. Era igual que una asombrosa araña moviéndose encima de una forma grotesca, flotante, perdida a mucha distancia de la Tierra.

Los ojos agudos, metálicos, del agente de la «Spacial International Police», bajo el visor de su capucha plástica, de vivo tono rojo, escrutaron las aberturas que iban encontrando en su camino. De una de ellas salió el criminal. De una de ellas brotó la amenaza que aniquiló a Morano y a los demás, lo mismo que antes destruyó el sistema de radiotelevisión de a bordo, sus transmisores automáticos y también el rumbo de la nave, utilizando su propia energía solar acumulada para alimentar los reactores termonucleares, sacando al satélite de su órbita y llevándole a lejanos ámbitos del Universo, allí donde las autoridades terrestres no eran capaces de llegar.

Y el asesino, avanzando por aquel mismo lugar por dónde él se movía ahora, alcanzó las cámaras de los presos, rompió desde el exterior los ventanales y... Lo demás llegó entonces por sí solo.

Rod Stark tenía ya parte de la solución. Sólo le faltaba localizar el punto de origen del ataque, el lugar por donde saliera el culpable para su siniestra, fatídica expedición. Entonces podría señalar sin lugar a dudas, acusar al responsable, caer sobre él con todo el peso de la ley que él representaba por los espacios en nombre de la S.I.P.

De repente, Rod Stark detuvo su movimiento de avance. Se quedó adherido al muro, con los ojos dilatados, fijos en la forma que acababa de emerger por una de las ventanas laterales del satélite...

Era un ser humano. Vestido con traje espacial verde, caperuza plástica del mismo color, con visor de plástico amarillo, que a aquella distancia hacía imposible identificar a su dueño. Se sujetaba a la pared metálica del satélite artificial con ambos pies y una sola mano enguantada. La otra esgrimía una pistola de vacío.

Stark comprendió que estaba perdido. Él no iba preparado para una lucha en el vacío, donde el aire no podía llevar proyectiles, porque no existía aire. Y el ser que acababa de emerger llevaba un arma de proyectiles mortíferos, capaces de moverse en el vacío con igual eficacia que en una atmósfera normal.

Le apuntó. Aún antes de hacerlo, Rod Stark sabía con quién se las había, con una absoluta seguridad. Cuando se vio la muerte ante sí, ya no le cupo la

menor duda. Y era tarde para todo. Para luchar, para defenderse... incluso para huir.

Estaba a merced del monstruo, del criminal implacable del satélite. Él era la siguiente víctima, tal y como pronosticara el profesor Bozniak.

Estaba perdido.

El arma de vacío del hombre de caperuza verde lanzó una fría llama azul que hendió el vacío sin dificultades.

Rod Stark se despegó del muro metálico del satélite en su parte exterior. Rodó al vacío. Y la nada negra e intensa, sin fin ni principio, le tragó en su sima pavorosa.

El joven agente de la S.I.P. desapareció en la negrura salpicada de astros tras el sibilante zumbido del arma sin sonido ni luz. Los ojos malignos, tras la pantalla plástica, tuvieron un helado destello de perversa satisfacción.

Ahora el monstruo no tenía ya enemigos. Rod Stark, de la «Spacial International Police», su peor enemigo a bordo del satélite de la energía, habíase perdido para siempre en el océano infinito del vacío sideral...

* * *

—No hay la menor duda —suspiró Elma Farrell, con la faz lívida, desencajada, frotando sus manos crispadamente—. Rod ha desaparecido. Acaso ha muerto, no sé...

Todos enmudecieron. En el fondo, estaban pensando lo mismo que ella. Sólo que no se habían atrevido a expresarlo tan crudamente. La propia doctora Farrell, con su habitual energía, valerosa y firme, les evitaba esa violenta necesidad.

—Sí, creo que es lo que ha debido suceder —agregó como un eco la voz cansada del profesor Bozniak—. Le avisé a Stark. Era peligroso desafiar a un enemigo tan feroz. Estuvo pregonando su intención de realizar una excursión para descubrir la verdad. Fue demasiado ingenuo en eso. Todos sabemos que alguien escuchó...

—Pero no fui yo —replicó vivamente MacNamara—. Estaba simplemente en el pasillo cuando salió Stark como una flecha y me aferró, creyéndome culpable de espiarles. Le demostré que yo no era. Había visto huir al hombre del capuchón color verde. Él era el espía. Tal vez lo encontró, lucharon y...

Su gesto, al concluir la teoría, lo expresó todo. Con tan cruda simplicidad, que Elma Farrell se estremeció. Inclinóse, a punto de sufrir un desvanecimiento. Waldo Cranston la sostuvo. Él mismo se hallaba muy débil. Pero no lo suficiente como para no poder con una mujer mucho más debilitada por los embates emocionales de tantos días de dura prueba.

—Vamos, cálmese —indicó suavemente—. Creo que todos se exceden en sus llantos. Rod no es de los que se dejan vencer fácilmente. Estoy seguro de

que en una u otra ocasión volverá a nosotros, sorprendiéndonos.

—Usted no cree eso, Cranston —respondió ella con amargura—. ¿Por qué pretende disuadirme a mí de lo que todos sabemos que es cierto?

Waldo apretó los labios, sin encontrar respuesta apropiada. Desvió los ojos para no encontrarse con las patéticas pupilas de Elma Farrell. Si cualquier otro de ellos hubiese desaparecido ella no estaría tan afectada, todos sabían eso. A Elma le había impresionado terriblemente la desaparición de Rod Stark.

—Lo importante es saber qué haremos ahora, sin la presencia de Stark —intervino cansadamente Sandor Sebak, el técnico—. La radio y la televisión siguen igual. No hay forma humana de repararlas. En cuanto a nosotros, todos estamos asustados, eso es obvio.

—Muy asustados, Sebak —dijo plañideramente Bagg—. Diga las cosas tal como son.

—Yo no tengo miedo —rio Dana Gaylord, la bella y provocativa reportera de la televisión—. Es evidente que nuestro terrible «monstruo» no hace daño a las mujeres. Por lo tanto, mientras no se demuestre lo contrario, yo estoy a salvo de sus terribles zarpas.

Hablaba con un sarcasmo agresivo, casi desafiante. Nadie replicó a eso, pero muchos imaginaron que posiblemente en las próximas horas a bordo del satélite se hallara un bonito cuello femenino seccionado en dos.

Y nadie lo lamentaría particularmente.

—Escuchen, por favor —intervino Cranston de nuevo—. Escuchen todos y dejen de decir tonterías que a nada conducen. Desaparecido Rod Stark, creo que yo soy el más indicado para dirigir las acciones a bordo de este satélite. Por tanto, les ruego se reintegren todos a sus puestos y cuiden de guardar sus vidas sin fiarse de nadie. Absolutamente «de nadie», ¿entienden? Será la forma de preservar mejor nuestras vidas.

—Si al menos supiéramos la clase de hombre que tenemos enfrente... —musitó MacNamara—. Pero ni de eso tenemos la menor idea. Puede ser un fanático, un loco, un terrorista, un criminal ambicioso...

—Puede ser muchas cosas, profesor —rio Sebak—. Es necio hacer cálculos sobre eso. Sé de tipos que hicieron mucho más sólo por vengarse. Locos que saldaron una pequeña deuda matando centenares de personas.

—El que realiza una venganza, por absurda que parezca, no es exactamente un loco —replicó gravemente Cranston—. Por el contrario, acostumbra a ser un hombre muy astuto, muy inteligente y terriblemente despiadado para todo aquello que signifique una forma u otro de realizar su venganza. Es la peor clase de enemigo que podríamos tener.

—No sé si será la peor o la mejor. Pero, desde luego, el que tenemos a bordo sí que es de la peor especie que uno pudo imaginar —rezongó agriamente MacNamara.

Waldo Cranston asintió con la cabeza, sin añadir más. Ya no parecía haber más temas de discusión en el grupo, y el agente de la «Science Brand» disolvió la asamblea, reiterando a todos su advertencia de que no se fiaran absolutamente de nadie.

Una vez fuera de la estancia, Cranston, la doctora Farrell y el técnico Sebak se alejaron formando un grupo silencioso, taciturno. Los demás se dispersaron en todas direcciones. Mirábanse entre sí con desconfianza, casi con terror. Como si cada uno de ellos esperase que el otro fuera a descargarle de súbito el golpe homicida.

Era monstruoso lo que estaba ocurriendo.

De repente, ya a solas en el corredor, Sebak se detuvo. Miró a los dos, a Cranston y la doctora Farrell, que le estudiaban con aire de sorpresa, y manifestó:

—Les guardo una sorpresa. No creí oportuno referirlo en presencia de todos, sino solamente a ustedes dos, las únicas personas de fiar dentro del satélite.

—¿Una sorpresa? —se extrañó la doctora—. No le entiendo, Sebak...

—Ni yo tampoco —confesó Cranston—. ¿De qué se trata, amigo mío?

La noticia les llegó de labios de Sebak con sencillez, con asombrosa simplicidad:

—La radio está reparada. Recibimos noticias de la Tierra. Y dentro de unas pocas horas podremos enviar llamadas nuestras. Es estrictamente secreto aún, ¿comprenden?

La doctora Farrell lanzó una interjección. Waldo Cranston abrió enormemente los ojos, y balbució algo ininteligible. Luego, contempló a Sebak con admiración.

—Le felicito —dijo, roncamente—. Eso puede cambiarlo todo. Sí, estoy seguro de que todo va a cambiar instantáneamente, amigo mío. Veamos ese equipo de transmisión y recepción, ya casi a punto. Y, desde luego, no informe a nadie. Absolutamente a nadie, Sebak.

El técnico afirmó con la cabeza, y echó a andar, seguido por la doctora y el agente de la Science Brand.

En la cámara de radio y televisión no había nadie ahora. La sonrisa de Sebak se amplió, al descubrir esto. Volvióse radiante a sus compañeros.

—Está todo resuelto —informó—. Bagg solamente dejaría el trabajo cuando todo se hubiera logrado. Eso quiere decir que ya puede transmitirse a la Tierra, tan fácilmente como recibir mensajes de allá...

Avanzó, inclinándose sobre los mandos. Tomó los auriculares, los ajustó a sus oídos, y se dispuso a pulsar los resortes de conexión radial con la lejana Tierra.

Waldo Cranston cuidó de que la puerta de la cámara estuviese bien

cerrada, y la aseguró con el pestillo eléctrico, antes de dirigirse adonde Sebak se disponía a recibir el primer mensaje de la Tierra, después de la grave avería provocada a bordo.

—Dios mío, por fin... —musitó Elma Farrell—. Por fin recibiremos noticias de nuestro mundo y podrán saber dónde estamos, sin enfermos a bordo, con la epidemia vencida. Llegarán policías, tropas... y el asesino será aplastado por todos los medios.

Sebak movió la cabeza con entusiasmo, cuando el cuadrante de llamadas se iluminó ante él, y un «bip-bip» continuado brotó de los aparatos de recepción. La llamada de la Tierra. Los ojos radiantes de Sebak dieron la buena nueva a Cranston y a la doctora, con más elocuencia que cualquier palabra.

El técnico se dispuso a emitir la llamada internacional, el S.O.S. de urgencia espacial, que atraería a todas las patrullas espaciales, y haría que todos los observatorios y centrales de control del espacio emprendieran la búsqueda febril del satélite de la energía...

Justamente entonces sonó la voz fría, metálica, despiadada:

—Suelte eso, Sebak. Suéltelo, o morirá. Como murieron Morano y los demás, como murió Rod Stark... Mataré a quién intente comunicar con la Tierra...

Dos rostros, helados por el estupor y el pánico, se volvieron hacia el que había hablado.

La doctora Farrell y Sebak se, vieron encarados por el arma térmica, mortífera, que empuñaba Waldo Cranston, el agente de la Science Brand, el amigo y camarada de Rod Stark...

CAPÍTULO X

EL HORROR VENCIDO



ERO «usted»! —musitó Elma Farrell—. ¡Usted, Cranston...!

—Sí, yo —rio Waldo—. Nunca sospecharon del agente de la Science Brand, ¿verdad? Yo estaba al margen de sospechas, claro. ¿Qué razón podía existir para que yo, un agente de la Ley, actuase contra todos ustedes de la forma en que lo hice?

—Sí, ¿qué razón... qué razón pudo existir para una aberración así? —gimió

Elma.

—Yo, doctora, antes que policía, soy humano. Como cualquier otro. No debe juzgar al policía que mató, que destruyó, que seguirá matando y destruyendo, sino al hombre. Y el hombre es Waldo Cranston. Simplemente eso.

—Algo que no nos dice nada —silabeó roncamente Sebak, apartándose de los transmisores, bajo la amenaza del arma de Cranston—. Nadie mata y destruye porque sí. ¿O es que está realmente loco?

—¡Imbécil! ¡Yo jamás estuve loco! —aulló Cranston, con ojos dilatados y centelleantes—. ¡Yo soy Waldo Cranston, el hombre que ha perdido a su hermano en la Tierra, por culpa de los que dirigen el progreso humano, sin pensar en las vidas que sirven de ruedas a su marcha! ¡Yo oí por esos mismos auriculares la terrible noticia de que mi hermano, por negarse a trabajar, por rebelarse contra los que sólo piensan en la mecanización del ser humano, fue castigado y encerrado! ¡Yo supe que él, en un rasgo de rebeldía suprema, voló los tinglados donde se creaba un nuevo ingenio que llenaría de gloria a un puñado de estúpidos, y, por ese motivo fue ejecutado en la cámara electrónica, como si fuera un traidor!

—De hecho fue un traidor, si las cosas fueron como usted dice, Cranston —replicó duramente Elma Farrell—. O un loco, aunque no le guste la palabra. Quizá porque ambos estaban igualmente locos: su hermano y usted.

—¡Cállese! ¡Cállese, o la mataré también a usted, doctora! —rugió Cranston, en el paroxismo de su furia demente—. ¡No estoy loco, jamás lo estuve! ¡Ni mi hermano Karl tampoco! ¡Ambos luchamos siempre por un mundo de paz y de orden, como debía de ser! ¡Sin máquinas, sin energías funestas, que a la larga traerían otras guerras sangrientas a los humanos! ¡Pero nadie nos entendió, nadie quiso oírnos! ¡Karl tuvo que destruir para ser escuchado! ¡Y en vez de atenderle, le ejecutaron como a un perro rabioso! ¡Por eso yo, al saberlo aquí, a bordo del satélite, resolví cobrarme esa deuda! ¡Juré ejecutar también a todos! ¡Y lo estoy cumpliendo, maldita sea! Empecé con los perros asesinos, con los presidiarios que merecían mil veces la muerte, y que sin embargo vivían, mientras mi hermano, un pacifista, moría sacrificado por la sociedad que sólo piensa en armarse y en hacer del mundo un mecanismo frío y sin alma!

—Todo eso es una locura, Cranston —replicó, valerosa, Elma Farrell—. Me asombra que usted, un hombre que parecía normal, haya llegado a almacenar ideas así en su mente. Está enfermo, no hay duda. Acaso le enfermó el «shock» de recibir la noticia del fin de su hermano en la Tierra, y resolvió vengarlo a su modo. Desde entonces, Cranston, usted es otro hombre. Ahora veo claro. Demasiado claro. Se tiñó las uñas, para fingirse enfermo de azulemia, y, ser aislado. Así, sin padecer dolencia alguna, tenía plena libertad de acción, en tanto todos le creíamos inmóvil en su cámara, poseído de su mal. Usted tiene sobrado ingenio para buscarse medio de abrir una simple

puerta de cerradura eléctrica, y deambular por el satélite, con capucha verde de plástico o sin ella, sembrando la destrucción y el terror.

—Es usted muy lista, doctora Farrell. Paro no se pase. Eso le ocurrió a Rod. Y Rod murió.

—Sí. Rod, descubrió que su cabina era la más próxima a las vidrieras de las celdas, ¿no es eso? Y por eso investigó en el exterior, desde donde sin duda usted le atacó, eliminándole. Rod Stark empezó a sospechar que Cranston podía ser el hombre que se fingió enfermo sin estarlo aún. Luego cogió su mal, pero eso fue más tarde. Eso justifica la rara circunstancia de que cuando ya Stark estaba perfectamente bien, usted aún se movía con dificultad, y parecía en pleno período de acción virulenta. Eso era imposible, si mejoraba como parecía, y llevaba ya la cuarentena completa. Sólo que de esa cuarentena, los primeros días los destinó, con plena salud, a alterar la radio y televisión, para que nadie pudiera establecer contacto con nosotros, para que nadie se comunicara con el satélite ni éste con nadie, y también para que ninguna persona supiera que Karl Cranston, su hermano, había muerto en la Tierra como un rebelde, un traidor o un fanático desequilibrado.

—¡Cállese o la mato!

—No callaré, Cranston —le desafió ella—. Seguiré hablando, le guste o no. Eso es lo que usted hizo. Luego, enfermó, y nada sucedió a bordo durante su crisis, porque usted sí estaba entonces «forzado a permanecer quieto». Debí advertir la rara circunstancia de que, nada más sanar usted, volvieron los hechos criminales. La muerte de Morano y los demás, el degüello en el corredor, y todo eso. Desde su acción sobre los reactores del satélite, que forzó con la energía solar a actuar, alejando el satélite de su órbita prevista, y lanzándole adonde ahora estamos, no hacía nada. Entonces, actuó aprovechándose de la inconsciencia de todos los demás. Virtualmente, robó el satélite, con la idea sádica de continuar luego su tortura lenta, su venganza inexorable sobre todos nosotros, que para usted representábamos la ciencia y el progreso que, en su mente enferma, habían sido responsables del fin trágico de su hermano.

—¡Mi mente no está enferma! —aulló Cranston—. ¡Terminé con Stark y terminaré ahora con ustedes! ¡Vic Samuels, mi guardián, creyó en mí, cuando le aseguré que quería investigar por mi cuenta, sin que Stark lo supiera, y me dejó salir y entrar libremente, guardándome el secreto! Para él, yo era un hombre fuera de toda sospecha. Pero al morir Stark, se puso un poco pesado. Parecía dispuesto a desconfiar de mí, porque me había visto ponerme la caperuza verde para salir al exterior. Tuve que matarle también.

—¡Mató al pobre Samuels! —se estremeció ella—. Dios mío, infeliz muchacho...

—No se apiade de los demás —rio cruelmente Cranston—. Ustedes dos también caerán ahora. Tengo que haberlo. Saben demasiado. De veras lo siento. Pero casi será mejor para ustedes que no asistan al estallido de esos

tubos condensadores de energía solar, cuando suelte los resortes de salida. Esto será un bonito fuego de artificio.

—¿Y usted morirá con él? —jadeó Sebak, estremecido.

—¿Por qué no? —rio Cranston—. Muerto mi hermano, todo me es ya igual. Habré cumplido mi venganza. Y el satélite de la energía jamás volverá a existir. Demasiado tarde, en la Tierra se enterarán de que su desaparecido satélite estuvo oculto tras del asteroide F-1S6, en la zona de asteroides situada entre Marte y Júpiter, en una zona apenas visitada por el hombre... He sido muy inteligente, ¿no creen? Muy inteligente...

Levantaba su pistola de cargas electrocandentes, para abrasarles vivos en aquella cámara que sería, a su vez, su estancia funeraria.

En ese preciso instante, hubo un centelleó cegador, un estallido terrible... y el brazo derecho de Waldo Cranston, con su arma entre los dedos, se disolvió, disgregóse en fragmentos calcinados, al ser herido por el amplio haz rojizo de una descarga térmica.

Un chillido de agonía y terror brotó, como un aullido animal, de labios del asesino, que se revolvió, convulso, mirando con ojos dilatados al lugar de donde brotó la llamarada.

—¡No es posible! —rugió—. ¡No, no puede ser...!

Retrocedió dos pasos, con un muñón calcinado, de acre olor a carne quemada, allí donde antes tuviera su brazo derecho. Sebak no tuvo más que caer sobre él, de un atlético salto, y abatirle de dos formidables mazazos, dirigidos ambos a su mentón.

—Ya basta —dijo roncamente el hombre que apareciera al abrirse una portezuela metálica empotrada en el muro, junto al iluminado cuadrante de la radio donde se sentara poco antes Sebak—. Tiene bastante con eso...

Elma Farrell, atónita, sin dar crédito a sus ojos, miró al hombre recién aparecido, como un ser de ultratumba, y gimió su nombre, con una crispación emocionada:

—¡Rod! ¡Rod Stark...!

CONCLUSIÓN

—Nos gustaría saber cómo pudo usted vencer a Cranston, y desenmascararle además —dijo el profesor MacNamara con un suspiro—. Ha de ser una historia fascinante.

—No lo crean. En realidad, la historia la conocen casi todos —sonrió el agente de la S.I.P.—. Yo tenía, los mismos datos que ustedes para juzgar. Sólo que de repente me dije a mí mismo: ¿por qué Cranston no es uno de los sospechosos, como cualquier otro? A fin de cuentas, ¿qué sé yo de Cranston, aparte de que actúa para la Science Brand eficazmente? Un hombre tiene dos caras siempre: la suya profesional y la privada, la humana. Esta última era una incógnita. Recordé los hechos, y me sorprendió que su enfermedad durase tanto. La coloración de las uñas que demostró su mal, podía ser ficticia. Los motivos de tal juego no podía imaginarlos. Pero debían de existir. Y, sin duda, estaban relacionados de algún modo con la radio descompuesta de a bordo. De modo que seguí mis conclusiones.

—Pero Samuels le desconcertó, ¿verdad? —indagó la doctora Farrell.

—De momento, sí. MacNamara había visto realmente al espía de casco verde. Pero yo, no. Samuels aseguraba que por allí no pasó. Pero tampoco me dijo que Cranston no se hubiera movido. Luego recordé que yo mismo le insistí siempre sobre la conveniencia de creer ciegamente en mí y en Cranston. Nada más. El pobre diablo lo hizo así. Dejaba deambular a Cranston, creyendo que él tenía una pista que no quería revelarme.

»Cuando fui atacado en el exterior, comprendí la verdad. Lástima que no me fue posible salvar la vida de Samuels, que al empezar a sospechar de Cranston, firmaba sin él saberlo su sentencia de muerte.

—Pero ¿cómo se libró del vacío, Stark? —intervino ahora el profesor Bozniak—. ¿Y cómo planteó la trampa para Cranston?

—Ha sido la peor experiencia de mi vida —sonrió el joven, audaz agente de la S.I.P.—. Cuando me vi flotar en el vació y caer lejos del satélite, comprendí que iba a morir irremisiblemente. De súbito, recordé que mi traje espacial, como muchos otros de los agentes de la S.I.P. enviados a misiones estratosféricas, dispone de un sistema de autocontrol o dominio en el vacío, a base de unos tubos autorreactores, que consumen oxígeno de los depósitos respiratorios. No me importó reducir mi consumo de veinte horas a menos de dos. Me sobró aire comprimido para volver, y en cambio ese mismo aire, aplicado a los autorreactores, me llevó de nuevo por el vacío hasta las proximidades del satélite.

«Entré secretamente en el satélite y me entrevisté con Sebak, el técnico, sin advertir a nadie, ni siquiera a la doctora Farrell. Cuentos menos conocieran la verdad, la farsa sería más perfecta, y el culpable caería en ella sin sospechar nada.

—Como así ocurrió —dijo lentamente Elma Farrell.

—Sí, doctora, así ocurrió —sonrió Rod Stark, oprimiendo con calor su brazo—. Siento haberle hecho pasar ese mal rato, pero era absolutamente necesario que Cranston se delatase por sí mismo. Como sucedió realmente.

—En ningún momento imaginé que la reparación de la radio fuese falsa...

Stark explicó:

—Era la forma de engañar a Cranston, de forzarle a hacer algo desesperado. Si mi teoría era cierta, y yo estaba ya bien seguro de que lo era, la radio terrestre nos daría la clave, la razón que tuvo Cranston para convertirse en un sádico vengador e inexorable. Él evitó que eso se repitiese. Cuando vio el cuadrante iluminado, y sonó el bip-bip que Sebak y yo grabamos previamente en cinta magnética, comprendió que era cierto, y que Sebak iba a conocer la verdad acerca de su hermano, ejecutado por sabotaje y traición.

»En realidad, Waldo demostró ser tan fanático y cruel como su hermano. Era una tara familiar, unos prejuicios puritanos mal entendidos, en unas mentes enfermizas y débiles. Un buen policía se malogró por culpa de un hombre insano y satánico. Son extraños contrastes del ser humano. Creo que podremos conquistar muchas cosas en esta era maravillosa. Pero para nosotros el gran enigma seguirá siéndolo siempre el propio hombre...

—Usted asistió, pues, a toda la escena en que Cranston se delató a sí mismo —dijo Dana Gaylord, la reportera de televisión, tomando apuntes con febril actividad.

—Sí —sonrió Stark—. Tenía que esperar hasta el último momento. Entonces intervine, y el caso concluyó...

—Para mí, no concluirá hasta hallarme de nuevo en la Tierra —comentó el profesor Landi de mala gana—. ¡Cielos, qué expedición más accidentada!

—No tema, profesor. Ahora, Sebak ha comprendido que utilizando la propia energía solar como materia para radiaciones, podemos informar a los radiotelescopios de la Tierra de nuestra posición exacta, para ser rescatados. No tardarán en llegar astronaves que nos trasladen de nuevo a nuestra órbita real. Eso es ya secundario. Y, como diría cierto antiguo escritor llamado Kipling, que vivió en el pasado, «es ya otra historia», amigos míos...

La doctora Farrell miró intensamente al valeroso, audaz agente de la «Spacial International Police», que había salvado sus vidas y la existencia del satélite de energía.

—¿Sabe una cosa, Stark? —musitó.

—¿Qué, doctora Farrell?

—Si por algo lamentaré el final de esta aventura, y el regreso a nuestro mundo, será porque ello marcará el final de una camaradería inolvidable. La suya y la mía. Hemos llegado a ser tan amigos, me he llegado a sentir tan unida a usted...

—Doctora, creo que nos seguiremos viendo allá en la Tierra, con mucha frecuencia. Si tú quieres, claro está... —sonrió Stark suavemente.

—Rod... —ella le miró, sorprendida de su familiaridad—. Claro que quiero, pero...

—Entonces no se hable más —rio Stark suavemente—. Seguiremos nuestra amistad. Y hasta es posible que un día me decida a pedir mi baja en la S.I.P... para casarme.

—¿Con quién, Rod? —el corazón de Elma palpitó intensamente, sin saber por qué.

—¿Con quién había de ser? Contigo, doctora, contigo...

Elma Farrell no supo qué decir. Miró, asombrada, a Rod Stark.

Y éste, sin darle tiempo a reaccionar, le demostró que era valiente para otras muchas cosas, además de realizar una misión violenta y peligrosa, frente a criminales despiadados.

Se inclinó. Y besó sus labios.

Elma Farrell se dejó besar. Después de todo, debía la vida a aquel hombre.

Y, además, estaba enamorada de él.



COLECCIÓN S. I. P.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

55.— Tela de araña. — *W. Sampas*
56.— Trampa para caballeros. — *Alan Star*
57.— ¡S.O.S., Tierra! — *Johnny Garland*
58.— Tráfico inhumano. — *Alan Star*
59.— "Space Boys". — *W. Sampas*
60. — Cadáver en el espacio. — *Johnny Garland.*
61. — Locura dirigida. — *Alan Star.*
62. — Póquer de damas. — *Alan Star.*
63. — Cadáveres incompletos. — *W. Sampas.*
64. — Asesinos en la torre. — *W. Sampas.*
65. — Poder infernal. — *Alan Star.*
66. — Ladrones de tumbas. — *W. Sampas.*
67. — Piratas Submarinos. — *W. Sampas.*
68. — ¡Ultimátum! — *Alan Star.*
69. — Ojo por ojo. — *Alan Star.*
70. — Huellas sobre la arena. — *W. Sampas.*
71. — ¡Pánico! — *Johnny Garland.*
72. — Sinfonía en Luger sostenido. — *W. Sampas.*
73. — El legado de un «gangster». — *W. Sampas.*
74. — Tráfico siniestro. — *W. Sampas.*
75. — Voluntario para morir. — *W. Sampas.*
76. — Asesino del tiempo. — *Johnny Garland.*
77. — La Torre de la Galaxia. — *Johnny Garland*
78. — Con la muerte en órbita. — *Johnny Garland.*

El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

Un hombre capaz de leer el futuro, de saber lo que ocurriría veinticuatro horas después, había cometido un crimen perfecto.

¡SUCEDERA MAÑANA!

Un increíble relato de Johnny Garland

S.I.P. SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

7 PTAS

EDICIONES TORAY, S.A.

En Argentina: 12 pesos

Notes

[←1]

Recinto sanitario que se dedica a la observación y tratamiento de desinfección de personas que pueden ser portadoras de una enfermedad contagiosa.